

SIN DESCANSAR, EN MI MEMORIA

LA LUCHA POR LA CREACIÓN
DE SITIOS DE MEMORIA
EN CHILE DESDE LA TRANSICIÓN
A LA DEMOCRACIA

PETER READ Y MARIVIC WYNDHAM

SIN DESCANSAR, EN MI MEMORIA

LA LUCHA POR LA CREACIÓN
DE SITIOS DE MEMORIA
EN CHILE DESDE LA TRANSICIÓN
A LA DEMOCRACIA

PETER READ Y MARIVIC WYNDHAM



Australian
National
University

PRESS



Publicado por ANU Press
Universidad Nacional Australiana
Acton ACT 2601, Australia
Email: anupress@anu.edu.au
Este título también se encuentra disponible en línea en press.anu.edu.au



Un registro de catálogo para
este libro está disponible en la
Biblioteca Nacional de Australia

ISBN(s): 9781760461690 (print)
9781760461706 (eBook)

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación o transmitida de cualquier forma, ni por medio alguno, electrónico, mecánico, por fotocopia o de otra forma, sin el consentimiento previo del editor.

Diseño de la cubierta y diagramación por ANU Press.

Fotografía de la cubierta: Fragmento de alambre de púas electrificado, uno de los pocos artefactos que quedan del Cuartel Villanova (Villa Grimaldi).

Para esta edición © 2017 ANU Press

Tengo el corazón pesado
Con tantas cosas que conozco,
Es como si llevara piedras
Desmesuradas en un saco,
O la lluvia hubiera caído,
sin descansar, en mi memoria.

«No me pregunten»
Pablo Neruda

Contenido

Ilustraciones	ix
Glosario	xi
Nota Personal.	xiii
Agradecimientos.	xv
Prefacio a la edición en castellano	xvii
1. Introducción: Sin Descansar, En Mi Memoria	1

Parte I

2. Víctor Jara, la Universidad Técnica del Estado y el Estadio Víctor Jara	25
3. Del terror de Estado al error de Estado: Patio 29, Cementerio General de Santiago	41
4. Querubines tallados retozando en una corriente soleada: El Estadio Nacional.	61
5. La última batalla del MIR: Londres 38	83
6. La persona indicada: José Domingo Cañas 1367.	107
7. Un jardín del horror o un parque de paz: Villa Grimaldi	129
8. Un monumento conmemorativo destruido: Loyola, Quinta Normal	157

Parte II

9. Los Sitios de Memoria hoy y el avance del Estado	179
Referencias	219

Ilustraciones

Interior del Estadio Víctor Jara. A los estudiantes y funcionarios de la Universidad Técnica del Estado se los obligó a sentarse a la izquierda, a los obreros a la derecha. Varios detenidos, aterrorizados y desesperados, se arrojaron desde los balcones que se aprecian a la derecha de la imagen.	39
Asiento pintado de blanco, en la sección de «prisioneros peligrosos», el que se supone que fue ocupado por Jara por algún tiempo después de que se le reconociera.	40
Nena González, cuidadora del Patio 29, Cementerio General.	42
En 1973, el cobertizo de cuidadora de Nena González estaba en este lugar del Patio 29. Desde aquí, sin ser observada, ella fue testigo de la eliminación de los cadáveres de cientos de los muertos en las primeras semanas del Golpe.	49
Roberto Sánchez.	62
El monumento principal, entrada principal, Estadio Nacional de Chile.	79
La estructura menor de la izquierda es el vestuario de la piscina del Estadio Nacional de Chile, ocupado por las mujeres detenidas. La estructura adyacente, de mayor envergadura y más moderna, es el área de exposición inaugurada en 2014. . .	80
La fachada de Londres 38 con las marcas de velas encendidas apoyadas contra ella durante las vigiliass por los Detenidos Desaparecidos.	90
Londres 38 con su mensaje de noviembre de 2015, A romper el pacto de silencio. En las losas más oscuras están inscritos los nombres de los Detenidos Desaparecidos de los que se cree que fueron mantenidos aquí, así como su afiliación política. . .	105

Afiche, José Domingo Cañas 1367, con Laura Moya Díaz (izquierda) y Lumi Videla Moya (derecha).	108
El nombre de Lumi Videla Moya es el único que aparece a este lado de la piedra del monumento en José Domingo Cañas. Los nombres de los demás, de los que se cree que fueron mantenidos aquí, pero que pueden haber sido muertos en otros lugares, están en el lado contrario, que da al pavimento. .	126
Letrero burocráticamente destruido, José Domingo Cañas. Originalmente el mensaje decía, «Aquí se cometieron las/ violaciones más feroces/de la dignidad humana/Por eso es que exigimos/JUSTICIA Y CASTIGO».	127
Michèle Drouilly Yurich.	131
El reloj despertador, roto y detenido a las 11 menos 14, simboliza la angustia que siente Michèle Drouilly Yurich ante la desaparición no resuelta de su hermana Jacqueline en 1974.. .	131
Jacqueline Paulette Drouilly Yurich.	152
El Ombú, Villa Grimaldi. No lleva letrero alguno. Solo la «Sala de la Memoria» de Michèle Drouilly da cuenta de lo que ocurrió aquí.	154
Josefina Rodríguez en su hogar de Renacer, Loyola.	159
Poco queda de lo que en su tiempo fuera el vigilado muro exterior (a la derecha) del depósito de vehículos de Loyola de la CNI.. .	175

Glosario

CNI: Central Nacional de Informaciones, órgano represivo de seguridad y policía secreta chilena, que reemplaza a la DINA. 1977–90.

Compañero/a: Término con el que las personas afines a la Unidad Popular o a la izquierda se denominaban entre ellas.

Concertación: <<Concertación de Partidos por la Democracia>>. Coalición de partidos chilenos de centroizquierda fundada en 1988. Sus candidatos presidenciales ganaron todas las elecciones desde el fin de la Dictadura en 1990 hasta que el candidato derechista, Sebastián Piñera, ganara la elección presidencial chilena de 2010.

Detenido Desaparecido (DD. DD.): Apelativo dado en el contexto de los Derechos Humanos en América Latina para referirse a las víctimas de desaparición forzada, y de secuestros ilegales, quienes eran llevadas generalmente a centros clandestinos de detención, donde eran sometidas a torturas, luego asesinadas y cuyos cuerpos no han sido entregados a los familiares. Estos crímenes fueron cometidos por agentes del Estado, en los diversos regímenes militares autoritarios, durante las décadas de 1970 y 1980, y reconocidos oficialmente, entre otros, por los gobiernos de Argentina (1984) y Chile (1991).

La DINA: Dirección de Inteligencia Nacional, el primer órgano represivo y de policía secreta de Pinochet, establecido el 1° de noviembre de 1973.

Ejecutado político: Expresión comunmente usada en América Latina para distinguir entre los Detenidos Desaparecidos y aquellos cuyos cuerpos sin vida han sido hallados o entregados a la familia.

Exterminio: Término usado en el contexto de los Derechos Humanos en América Latina y otros lugares para describir la eliminación violenta de grupos de opositores políticos.

Frentistas o Rodriguistas: Miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Grupo de extrema izquierda dedicado a la oposición armada en los años del régimen de Pinochet.

Mirista: Miembro del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, cuya aniquilación fue establecida como prioritaria por Pinochet en los primeros años posteriores al Golpe.

Pinochetistas: Seguidores del General Augusto Pinochet, jefe del gobierno militar de Chile, 1973–90.

Sitio de Memoria: Término usado por el movimiento de Derechos Humanos para referirse a los centros de tortura, desaparición forzada o ejecución establecidos por agentes del Estado.

Nota Personal

Michèle Drouilly Yurich ha sido desde su inicio una parte muy importante de nuestro camino recorrido en la búsqueda de los Sitios de Memoria en Santiago. La conocimos por primera vez en el Parque por la Paz Villa Grimaldi, donde gentilmente nos dio una gira privada guiada. Habrían sido muchas giras en el futuro pero ninguna sería más completa, emotiva e íntimamente atada con este sitio y su historia.

En esta edición castellana, la contribución de Michèle ha sido mucho más profunda y extensa. Su generosa oferta para leer el borrador, que fue aceptada con gratitud y afecto, ha elevado el idioma y contenido de esta edición a un nivel que solamente una chilena nacida y criada en una familia de gran educación y cultura, que ha vivido esa época y quien sobrevivió la Dictadura y los años de la transición a la democracia puede otorgar.

El compromiso de Michèle a nuestro proyecto ha ayudado a producir un texto sensible al lenguaje y a la cultura que una traducción directa del inglés al castellano no podría haberlo conseguido. Por eso, estamos eternamente agradecidos.

A través del tiempo, Michèle se convirtió en alguien más que una colega, sino que en una amiga y en una valiosa fuente de información sobre la historia de la Dictadura y de la creación del Parque por la Paz Villa Grimaldi. Su historia personal a través de su hermana Jacqueline – una detenida desaparecida – fue un pilar en nuestro capítulo sobre Villa Grimaldi en la versión inglesa de nuestro libro *Narrow but Endlessly Deep*. Las manos de Michèle sujetan el atesorado reloj despertador de la portada de este libro, donde el tiempo quedó fijo a la hora de la detención de su hermana.

Es a Michèle y a su familia, en particularmente a la memoria de su hermana Jacqueline Paulette Drouilly Yurich, a quienes dedicamos este libro.

Agradecimientos

Damos gracias al Consejo de Investigación Australiano (Australian Research Council) por la adjudicación de una Beca Discovery, que hizo posible este libro. Agradecemos también a nuestros colegas Judith Keene, Elizabeth Rechniewski y Adrian Vickers, con quienes sostuvimos numerosas discusiones acerca de «Cómo juzgar el pasado en un mundo post Guerra Fría». Agradecemos a los miembros del Consejo Editorial de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Australiana por su meticuloso cuidado en la revisión del manuscrito en sus etapas iniciales, en particular al Profesor Marian Sawyer y al Dr. Frank Bongiorno. ANU Press manejó la producción con su amistosa eficiencia usual. Gracias a Con Boekel por su asistencia técnica para el manejo de las fotografías empleando Lightbox, y a Paula González-Dolan por sus consejos. Gracias también a Geoff Hunt por sus geniales ideas.

Damos gracias, en particular, a los amigos que por tantos años han contribuido tanto a nuestra comprensión del pasado reciente de Chile: Mario Artigas, Mauricio Barrientos (†), Roberto Briceño D'Orival, Bernardo de Castro, Luigi Cecchetto, Isolda Cid, Crifé Díaz Cid, Katie Hite, Mario Cortés Muñoz, Viviana Díaz, Michèle Drouilly Yurich, Diana Duhalde, Mireya García, Nena González, Wally Kunstmann, Laura Moya (†), Elías Padilla, Victor Peña, Josefina Rodríguez, Roberto Sánchez, Marcelo Silva y Denni Traubmann. Nuestros amigos y amigas del Hotel Presidente nos brindaron siempre una cálida acogida. Francisco Javier Castro fue nuestro querido compañero de viaje por todos estos años.

Las siguientes personas llevaron a cabo visitas guiadas, ya sea formales o espontáneas, a los sitios que tratamos en este libro, y en muchos casos más de una vez. Les estamos particularmente agradecidos porque para ellos, por cierto, estos no eran *tours* cualesquiera, sino acercamientos a sitios de una enorme significación traumática, tanto para ellos mismos como para sus familias: Bernardo de Castro, Michèle Drouilly Yurich,

SIN DESCANSAR, EN MI MEMORIA

Juan Espina Espina, Nena González, Laura Moya, Juan Medina, Roberto Merino Jorquera, Leopoldo Montenegro, Víctor Peña, Josefina Rodríguez, Rogelio Rodríguez, Roberto Sánchez y José Uribe.

Las letras de canciones de Víctor Jara se reproducen por cortesía de la Fundación Víctor Jara.

Prefacio a la edición en castellano

Varios años han pasado desde que escribimos la versión en inglés de nuestro libro *Narrow but Endlessly Deep*. Desde entonces acontecimientos en ciertos sitios han avanzado más allá de la historia original y mucha nueva información ha surgido de varias fuentes importantes. Más importante aún, nuestras interpretaciones de ciertos eventos y personalidades han cambiado a la luz de estas nuevas revelaciones. Es la razón por lo que hemos re-escrito sustancialmente cada capítulo y dado un nuevo título a este libro. El dirigirse a lectores hispanoparlantes también ha necesitado una crítica re-evaluación del material que, aunque «nuevo» e «interesante» para los lectores angloparlantes, constituye conocimiento básico para aquellos nacidos y criados en culturas hispanas.

Este libro que originalmente tuvo su primera edición en inglés en julio de 2016 es ahora editado en castellano dirigido a los hispanoparlantes y particularmente a aquellos chilenos que sufrieron la Dictadura de Augusto Pinochet (1973–1990), así como a las nuevas generaciones para quienes «Golpe de Estado», «11 de septiembre», «Salvador Allende» o «Augusto Pinochet», son palabras que se prestan para polemizar, sin ningún arraigo en la vida actual y que sin embargo reenvían a un pasado de carencias, incomprensible, oscuro o lejano.

El acto de traducción no está limitado a un acto lingüístico, contiene aspectos culturales fundamentales que no se pueden eludir. Es decir, ajustarse lo más posible al sentido original del texto exige involucrar la cultura y la historia porque son inseparables.

Ahora consideremos algunos elementos más culturales. Chile es un país donde toda persona mayor de cincuenta años – independiente de su tendencia política y su percepción de la gestión gubernamental de la época (neutral, a favor de Allende o de Pinochet) – ha sido afectada, por lo que

todo referente a esa época está teñido de ideología e incluso de emotividad. Contrariamente a los lectores australianos, cuyo desconocimiento de la historia de Chile les permite una lectura más desapasionada.

Si reflexionamos en relación al primer capítulo de la versión en inglés.

Nuestra intención en este libro no es detenernos en los aspectos políticos del Golpe como tal: es igualmente legítimo celebrar el heroísmo de la última alocución radial de Allende desde su oficina sitiada del palacio presidencial, La Moneda, como lo es citar cifras referentes a la economía en picada y al caos marcado por las huelgas durante su régimen. Pero para contextualizar el por qué de las pasiones que siguen rondando la creación de Sitios de Memoria en los lugares de la violencia estatal, esbozamos algunos eventos claves durante el régimen de Allende hasta septiembre de 1973, lo que permitirá dar un vistazo a lo profundo de los sentimientos de los chilenos al inicio de los años setenta, su idealismo y esperanza, coraje y frustración, odio, excitación, resentimiento, tristeza, temor, división y desilusión.

Podemos afirmar que tal declaración (necesaria en cualquiera historia escrita en Australia) será posiblemente rechazada por una gran cantidad de lectores chilenos. No obstante, decidimos conservarla, con la esperanza que nuestros lectores escépticos, e incluso hostiles, se interesen lo suficiente en la idea de dos historiadores australianos investigando una parte de la historia reciente de Chile, que a primera vista, pareciese no tener ningún paralelo con la de Australia.

Sin embargo, la historia de estos dos países guarda algunas similitudes.

Consideremos la reciente historia política de Australia, país que fue colonizado por los anglo-sajones a fines del siglo dieciocho, y que no pasó por una guerra civil, ni guerra de independencia contra los ingleses, ni golpe de estado, ni amenaza seria de invasión extranjera, incluso ninguno de los problemas usuales de las naciones nuevas se ha manifestado como, por ejemplo, el tema de la desintegración interna. En consecuencia, la idea de un golpe contra el gobierno del día sería rechazada por probablemente 95 por ciento de la población australiana.

No obstante, ciertamente, hemos vivido algunas crisis constitucionales. En el año 1975, el Primer Ministro laborista, Gough Whitlam, no pudo obtener la aprobación del presupuesto en el Senado, donde estaba en minoría, lo que significó que en el plazo de dos semanas ya no sería posible honrar los sueldos de miles de funcionarios y funcionarias públicos.

El Gobernador General, Sir John Kerr, representante de la Reina Isabel II del Reino Unido, resolvió finalizar el mandato de Whitlam, quien como abogado constitucional con gran respeto por la ley, aceptó la resolución y se retiró del poder. Kerr invitó a Malcolm Fraser, líder del Partido Liberal (que en Australia es el partido conservador) para que formara su propio gobierno a condición de que se llamara a otra elección. Tres meses más tarde, cuando esta se realizó, Whitlam fue derrotado de manera categórica.

Esta manera de abordar los problemas no es casual y se inscribe dentro de una larga tradición formal de resolución pacífica de conflictos políticos que data desde hace muchos siglos en el Reino Unido.

A pesar que la transición política del gobierno de Whitlam a Fraser se realizó de manera pacífica, nosotros los australianos también tenemos agudos sentimientos y conflictos históricos inconclusos.

Las similitudes entre Chile y Australia aparecen en relación al tratamiento de las poblaciones indígenas australianas, los aborígenes. Al igual que los mapuches, los aborígenes han sufrido bajo el imperio de los invasores coloniales y aún continúan sufriendo. Algunos historiadores estiman que más de 20,000 aborígenes habrían sido asesinados durante las llamadas «guerras de la frontera», la cifra de muertos es diez veces mayor que la de los exploradores y colonizadores anglosajones. Los pueblos originarios de ambos países tienen Sitios de Memoria sagrados no reconocidos por las autoridades ni por el resto de la sociedad.

En Australia como en Chile, los aborígenes recuerdan los sitios donde ocurrieron masacres y los cuerpos de sus ancestros fueron enterrados. Algunos de estos están señalados como tal, mientras que de otros no queda huella, permaneciendo solamente en la memoria de los ancianos. Es triste constatar que las placas y obeliscos que señalan muchos de estos sitios todavía son destruidos por una pequeña minoría de australianos no indígenas.

En Queensland, una placa que señala el sitio donde 200 aborígenes fueron masacrados en una batalla en el siglo XIX, ha sido destrozada, aunque siempre reconstruida, en varias ocasiones. En Fremantle, Western Australia, un monumento antiguo conmemora los nombres de tres exploradores anglosajones asesinados en 1864 por aborígenes que resistieron a sus incursiones dentro su territorio. Las palabras escritas en la placa, y que aún pueden leerse, hablan de unos «nativos traidores». Hace unos años, algunos aborígenes, con aprobación gubernamental, añadieron

otra placa al otro lado de dicho obelisco, indicando, «No se menciona el derecho de los pueblos aborígenes a defender sus territorios o su historia de provocaciones (por parte de los exploradores), que resultó en la muerte de los exploradores.» Esta placa de aclaración más moderna ha sido destruida tres veces, mientras que la placa original ha quedado intacta.

Otro ejemplo del pasado injusto y violento de los pueblos originarios de Australia ha quedado en evidencia en el tratamiento del caso de Eddie Koiki Mabo. Mabo era un indígena de las Islas del Estrecho de Torres que llevó exitosamente ante la Corte Suprema una batalla legal para que su isla fuera declarada como Título Nativo. Esto permitió que el gobierno, con la aprobación de una legislación pertinente, siguiera el mismo procedimiento con muchos otros pueblos indígenas. Mabo, ampliamente respetado, fue sepultado con todos los honores nacionales y de la ciudadanía. Pero la misma noche de su entierro, su tumba fue destruida parcialmente y pintada con swastikas. Fue re-sepultado, pero esta vez en su propia isla, la que él había ganado para su pueblo, lejos del racismo de sus enemigos.

Podemos llevar, incluso, estas analogías aún más lejos: muchos pueblos aborígenes no concuerdan en la interpretación histórica de ciertos Sitios de Memoria. Por ejemplo, ¿deben las reservas indígenas, controladas oficialmente por el gobierno o misioneros, ser representadas como sitios de opresión racista, o como espacios donde familias aborígenes crecieron juntas y que ahora exigen el derecho para conmemorar sus recuerdos felices?

Los autores ya vinieron a Chile familiarizados con la forma en que se abordan los sitios donde se ejerció el terrorismo de Estado, pudiendo estos ser reconocidos, ignorados, negados, o deliberadamente ocultados. Comprendemos, porque también es el caso en Australia, que existe mucha evidencia oral, escrita e incluso gráfica de lo ocurrido en algunos lugares. Por ejemplo, tenemos equivalentes como el Cuartel Simón Bolívar, donde no hubo víctimas que sobrevivieran para contar la historia. Conocemos situaciones en que el gobierno estaba dispuesto a aceptar los hechos y financiar un Sitio de Memoria en el cual el terror estatal quedaba en evidencia, como en el Estadio Nacional. Tenemos equivalentes al Parque por La Paz Villa Grimaldi, donde la evidencia histórica ha sido recolectada y protegida – o donde todo ha sido ocultado o perdido, como en Estadio Víctor Jara. También tenemos equivalentes a Loyola/Neptuno en Quinta Normal, donde la historia del sitio permanece tan confusa o discutida que no existe ningún monumento.

Habiendo identificado algunos paralelos entre las historias de ambos países, consideraremos algunas dificultades idiomáticas entre el español y el inglés.

Por ejemplo, en inglés es normal referirse a una persona solo por su apellido, mientras que en el mundo hispano-parlante se les trata con más deferencia al agregar el nombre completo y/o títulos de cortesía. Historiadores anglo-parlantes escriben «Allende», cuando en Chile se le trata como «Salvador Allende» o «el Presidente Allende».

Para no incurrir en errores conceptuales hay que identificar las palabras que tienen significados diferentes entre los dos idiomas, por ejemplo, «radical». En inglés la palabra significa «contundente» y en el sentido político, agresivo, con la intención de cambiar la situación del país profundamente, incluso por medio de la violencia. Este concepto no se traduce fácilmente en español, en Chile especialmente, donde el Partido Radical, de tendencia de centro, data de 1863, es decir, un partido «no radical» en el sentido en inglés.

¿Qué palabras debe elegir el traductor: «Golpe», «pronunciamiento militar», o «derrocamiento» para describir el evento en que un gobierno llega a su fin violentamente? Estos términos no son intercambiables entre sí, pudiendo incluso llegar a tener significados totalmente opuestos. Es posible que el traductor, si no ha situado el texto dentro del marco político, no considere los matices existentes entre esos conceptos. ¿Debe la muerte violenta de un Primer Ministro o Presidente, ser descrita como asesinato, homicidio, magnicidio, eliminación o sacrificio? Dependiendo de la posición y convicción del escritor, todas estas palabras son válidas y pueden ser encontradas en los documentos históricos, políticos o literarios en el idioma inglés.

Es posible que los lectores anglo-sajones no respeten a los movimientos políticos que intenten derrocar a un gobierno democráticamente elegido, independientemente cuán malo sea este; mientras que los latinoamericanos puedan creer que esa acción es en parte legítima, pudiendo al mismo tiempo desaprobador el programa de la violencia política de un partido revolucionario pero concederle que sea legítimo combatir y avanzar en esta larga e incompleta lucha de independencia del continente que comenzaron Martí, Bolívar, San Martín, Sucre y O'Higgins. Claramente la verdadera traducción cultural inevitablemente elegirá palabras como asesinato sobre homicidio. Las convicciones del autor y del traductor

permearán y aflorarán en cada página. Ellas van a adquirir significados inadvertidos o intencionales cada vez que se usen las palabras «memorial», «tortura», «golpe», «asesinato», «humillación», «milico» (por militar) y «paco» (por policía). Incluso sustantivos como «comunista» resonarán diferentemente en Chile, Australia y los Estados Unidos de América. No podemos escapar a las desconfianzas. Reconociendo las particularidades de cada idioma, solamente se puede esperar que cada frase sea recibida y comprendida en su justeza por cada lector.

Nunca comprenderemos en su integralidad las sutilezas de la historia reciente chilena moderna, pero los ejemplos presentados en el libro permitirán establecer lo que nos une y nos separa en la manera como abordamos la memoria en Chile y en Australia. Así como evidenciar la necesidad inherente a todo ser humano de marcar los lugares donde se ha sufrido, para así homenajear a las víctimas e impedir que esos actos contra la humanidad se vuelvan a cometer. La Memoria de un pueblo sienta las bases para la construcción de un mejor futuro.

1

Introducción: Sin Descansar, En Mi Memoria

El 11 de septiembre de 1973, el Comandante en Jefe del Ejército de Chile, Augusto Pinochet, derrocó al Gobierno, elegido democráticamente, de la Unidad Popular de Salvador Allende e instaló una dictadura militar. Para ello creía tener dos justificaciones, compartidas por casi todos sus altos oficiales y por muchos civiles. La primera era que bajo el gobierno del Presidente Allende el país se había vuelto ingobernable. La segunda consistía en la apreciación de que el Chile de Allende podía evolucionar aún más hacia la izquierda y transformarse en una dictadura del proletariado al estilo cubano. En 1990, cuando Pinochet se retiró del poder después de fracasar en un plebiscito para legitimarse, el peligro para las fuerzas conservadoras de Chile había pasado. El país estaba inquieto, pero estable, y la posibilidad de una segunda Cuba era algo remoto.

La victoria de la derecha significó un alto costo para esta pequeña nación. Alrededor de 1990, al comienzo de lo que en Chile se conoce como la «Transición a la Democracia», la sociedad chilena se encontraba severamente traumatizada. Más de 45 000 personas habían sido torturadas, ya sea para extraerles información o simplemente con el fin de crear terror en la población. Había asuntos de verdad y justicia sin resolver; de más de 1 200 víctimas no se conocía el paradero, eran Detenidos Desaparecidos. Parecía haber pocas perspectivas de perseguir judicialmente a los responsables de violaciones a los Derechos Humanos durante la dictadura de Pinochet, y esto, incluso en aquellos casos perfectamente identificados. La Constitución de 1980, promulgada con el fin de preservar los rasgos

más significativos de la «revolución conservadora»,¹ seguía en gran parte intacta. Pinochet al dejar el cargo de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas en 1998 es designado como senador vitalicio.

En este libro se rastrean los intentos de los sobrevivientes, sus familias, sus descendientes y partidarios, de crear sitios de referentes a los delitos de lesa humanidad: secuestro, tortura, terror y asesinatos cometidos por el Estado en siete infames Sitios de Memoria, ubicados dentro de Santiago. Para todos, este ha sido un viaje duro y amargo, que está lejos de haber finalizado.

¿Por qué duro y amargo? El primer obstáculo para la preservación de la memoria ha sido el Estado chileno. Es posible que esto cause asombro, ya que desde 1990 todos los gobiernos, salvo uno, han sido de centro-izquierda. Una de las razones principales por su falta de entusiasmo se debe a que, aunque lo que los chilenos llaman «Transición a la Democracia» comenzó en 1990, durante varios años ninguno de los gobiernos podía asegurar que los militares no volverían a intervenir.

La otra razón consiste en que en la agenda de «Reconciliación», llevada por el gobierno, no se incluía necesariamente el apoyo oficial para la creación de Sitios de Memoria, a pesar que cada uno de los partidos políticos que conformaban la coalición había sufrido de la persecución y llevado a cabo acciones para derrocar la Dictadura. Por tanto, la postura del Estado chileno ha sido de tanteo, apoyando un museo aquí, oponiéndose a otro más allá, privilegiando un Sitio de Memoria, obstruyendo la creación de otro, vacilando, alentando o denegando de manera impredecible. Seguiremos de cerca su apoyo o ausencia de apoyo, en cada uno de los siete sitios, desde el comienzo de la Transición a la Democracia y hasta la actualidad.

El segundo obstáculo es la variada gama de posiciones entre partidos de izquierda y las agrupaciones y colectivos de Derechos Humanos, los sobrevivientes y los familiares. En tiempos del Golpe, ese espectro era verdaderamente amplio. En la izquierda extrema se ubicaban los militantes

1 Por ejemplo, el artículo 41 del texto original de la Constitución de 1980 establecía que «Por la declaración de estado de asamblea el Presidente de la República queda facultado para suspender o restringir la libertad personal, el derecho de reunión, la libertad de información y de opinión y la libertad de trabajo. Podrá, también, restringir el ejercicio del derecho de asociación y de sindicación, imponer censura a la correspondencia y a las comunicaciones, disponer requisiciones de bienes y establecer limitaciones al ejercicio del derecho de propiedad». Decreto 1150, *Texto de la Constitución Política de la República de Chile*, promulgado el 21 de octubre de 1980.

del MIR, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, altamente educados, elocuentes, idealistas y muchas veces de familias acomodadas. Sus miembros se veían a sí mismos como la vanguardia guevarista que dirigiría a las masas hacia una utopía revolucionaria – sin necesidad de elecciones. Ellos nunca se unieron a la coalición de Allende. Después venía el propio partido de Allende, los socialistas, partidarios de emplear la fuerza en caso necesario para lograr un estado democrático: fueron ellos los que dieron forma al elemento más estable dentro del fluido gobierno de Allende. Más moderados a su vez eran los comunistas menos doctrinarios, así como el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), escindidos de la Democracia Cristiana, dispuestos a trabajar con otras fuerzas, si fuese necesario, para poner en marcha un programa pragmático de mejoras salariales y de las condiciones de vida en general. Ellos representaban el segundo elemento estable del gobierno de Allende. Hacia el centro político, fuerzas moderadas tales como los demócrata cristianos representaban el extremo conservador de la opinión de izquierda y apoyaron a Allende por un tiempo. Estos eran los partidos políticos cuya diversidad conflictiva intranquilizaría a Allende y – treinta años más tarde – dividiría a los que se empeñaban en crear Sitios de Memoria en los lugares donde ellos mismos o sus compañeros habían padecido sufrimientos tan horribles. El rol del Estado chileno y el papel de las facciones políticas son, por tanto, los dos elementos que seguiremos más de cerca en las amargas y dolorosas luchas que han de seguir. De las 45 000 personas detenidas durante los tres meses iniciales de imperio del terror y de los más de 3000 asesinados, la mayoría eran sindicalistas o ex-militantes de los partidos de la izquierda radical, particularmente de aquellos que promovían la revolución armada en contra de la derecha.

En el análisis de cada uno de los sitios seguimos una secuencia cronológica que es también física: es posible que una misma persona pueda haber sido mantenida consecutivamente en cinco de estos centros de tortura y exterminio, en todos los cuales la lucha por la creación de Sitios de Memoria ha sido tan intensa y amarga. Pero nunca lo sabremos, ni tampoco lo supo nunca ese detenido o detenida, puesto que generalmente los trasladaban de noche y con los ojos vendados. Solo después de la Transición a la Democracia en 1990 se hizo un poco más claro quién había sido trasladado a dónde y por qué. Muchos detalles siguen siendo desconocidos hasta el día de hoy, especialmente las identidades de algunos de los hechores, aunque obviamente los archivos oficiales, que permanecen en secreto, así como los ex-militares y efectivos de seguridad, podrían revelar casi todo.

Mas, queda un asunto pendiente: el hacer públicos los documentos, ¿ayudaría al proceso de reconciliación nacional o lo dificultaría?

La psicóloga Elizabeth Lira y el cientista político Brian Loveman estudiaron una serie de estrategias formales e informales, conocida como la «vía chilena de reconciliación política», que se llevara a cabo en Chile a lo largo de dos siglos para volver a estabilizar la nación después de un período de violencia estatal, es decir, un conjunto de procedimientos para la reconciliación después de un cataclismo político. En parte, las medidas han sido constitucionales, en parte informales, pero en cada caso se diseñaron para ayudarle al gobierno y a la nación a volver a funcionar con la aprobación de una mayoría de sus ciudadanos. Tales medidas han incluido la conmutación de sentencias de cárcel por crímenes cometidos por la policía y los militares, el retorno de los exiliados, a veces con restitución de su propiedad o pensiones, indemnizaciones en un único pago a quienes han sufrido en ambos bandos del conflicto reciente, leyes especiales para determinados casos individuales con fines de reparación y también medidas simbólicas, tales como el establecimiento de sitios públicos de memoria. Igualmente revisaron la creación de nuevas coaliciones políticas con participación de algunos de los perdedores del conflicto, la redefinición de los actores clave, de los partidos y de las organizaciones de trabajadores para la continuación de sus actividades bajo nuevos nombres, la reincorporación de algunos de los políticamente derrotados al gobierno, universidades o puestos burocráticos, así como las reformas constitucionales y legales con el fin de ratificar el restablecimiento de la «familia chilena». Aunque pocos de los chilenos sobrevivientes de un golpe de estado o revolución creían posible el olvido político, periódicamente los chilenos creyeron necesario comenzar de nuevo. Tales intentos de reconciliación no necesariamente significaron perdón, sino más bien que ciertas medidas violentas adoptadas por el Estado en el período de crisis, no se tematizaran abiertamente más tarde. Las medidas de reconciliación requerían que las autoridades del nuevo régimen político apartaran la vista de ciertos sucesos; la actitud de los ciudadanos que se negaban a hacerlo se consideraba de mal gusto, o algo peor. Lira y Loveman sostienen que hasta cierto punto los gobiernos de centroizquierda posteriores a Pinochet han implementado medidas de este tipo.²

2 Elizabeth Lira y Brian Loveman, *Truth, Justice Reconciliation and Impunity as Historical Themes: Chile 1814–2006*, *Radical History Review*, n° 97, 2007, 42–76; véase también Peter Read, *Reconciliation without history: State crime and state punishment in Chile and Australia*, en Frances Peters-Little, Ann Curthoys, John Docker, eds, *Passionate Histories*, Aboriginal History Monograph 21, ANU E Press, Canberra, 2010, pp. 281–82.

Hasta ahora ninguno de los gobiernos post-Pinochet ha estado dispuesto a dar a conocer la información secreta que identificaría las listas de perpetradores. Posiblemente porque obrar así es consistente con la «vía chilena». Es decir, cada uno de los gobiernos desde 1990 ha calculado que la *mayoría* de los chilenos está de acuerdo con que un enjuiciamiento masivo de los malhechores por el propio Estado, sea cual sea el imperativo moral, sería indeseable, en interés de la practicabilidad de la vida nacional. La propia presidenta Michelle Bachelet, cuyo padre murió bajo tortura, en tanto su madre y ella misma, fueron detenidas y luego forzadas al exilio, presumiblemente lo haya pensado mejor, en lugar de seguir el camino moralmente justificado. Todos los dirigentes nacionales, de hecho, han llevado adelante un rumbo cuidadoso. El primer presidente elegido después de la Dictadura, Patricio Aylwin, dejó en claro que su gobierno no participaría en el enjuiciamiento de los autores: que eso era asunto de los tribunales de justicia.³ Declaró que su presidencia no significaba el «retorno» a la democracia, sino una «transición» hacia ella, concediendo de manera imparcial que si bien Allende no tenía la mayoría política necesaria para convertir a Chile en un país socialista, la intervención de Pinochet había agudizado la confrontación en el país. Pero que no había sido solo la derecha política a la que Allende había enajenado.⁴ Se infería de que algunos en la izquierda se habrían desilusionado de Allende, o que incluso podrían ser responsables del Golpe en alguna medida. Fue necesaria la intervención del presidente centroderechista Sebastián Piñera (2010–13) para trasladar la responsabilidad aún más a la izquierda, sugiriendo cuidadosamente que, en su opinión, los primeros en cargar con la responsabilidad debían ser aquellos que promovieron el odio y la violencia armada y que despreciaron a la democracia como una simple herramienta de la burguesía, atrayendo ellos mismos a la vez a no más de un tercio del voto popular.⁵

Una reconciliación nacional, por la que la izquierda y la derecha se acepten mutuamente en lugar de tolerarse, resulta claramente imposible mientras los protagonistas de esas décadas sigan con vida. Sin embargo es posible

3 Chile ha encarcelado a más autores de actos violentos cometidos en nombre del Estado que ninguna otra nación de Sudamérica; pero han sido las víctimas las que han procedido en su contra, no el Estado como tal.

4 Aylwin Azócar, Patricio, *El desafío de mirar al futuro*, en Hernán Larraín y Richard Nuñez, eds, *Las voces de la reconciliación*, Instituto de la Sociedad, Santiago, 2013, pp. 35–36.

5 Sebastián Piñera E., *Por un Chile reconciliado y en paz*, en Larraín y Nuñez, *Las voces de la reconciliación*, pp. 27–29. Probablemente Piñera se refería a los socialistas más radicales y a los miristas, aunque estos últimos estaban prohibidos como organización política desde 1969.

lograrla en generaciones futuras, siempre que se conserven las pruebas que la hagan posible. En Myall Creek, Australia, en 1838, 28 aborígenes fueron masacrados por hombres blancos. En forma extraordinaria, el gobierno tomó en serio el crimen, acumuló pruebas, condujo un proceso y ejecutó a siete de los perpetradores. En junio de 2000, descendientes de los perpetradores y descendientes de las víctimas se reunieron en el lugar a inaugurar un monumento. Juntos, algunos hasta de la mano, marcharon a través del humo sagrado hacia una roca gigante, en cuya inscripción se incluían las siguientes palabras:

Erigido el 10 de junio de 2000 por un grupo de australianos aborígenes y no aborígenes, en un acto de reconciliación y de reconocimiento de la verdad de nuestra historia compartida.

Esta ceremonia extraordinaria, tan poco habitual en Australia, solo fue posible porque, 142 años antes, la policía había recogido minuciosamente pruebas, interrogando a testigos, sobrevivientes y perpetradores. Es posible que una reconciliación simbólica de este tipo se pueda realizar también en Chile en algún momento, siempre que las pruebas aún no publicadas y los programas de recopilación histórica oral se preserven para los bisnietos del futuro.⁶

En los capítulos que siguen, muchas veces nos encontraremos con evidencias de cómo los sucesivos gobiernos se han desistido de publicar los documentos, pero sin embargo han seguido una «vía chilena» moderada para calmar a la izquierda sin contrariar a la derecha. Seguiremos de cerca un intento (fallido), no acompañado de acciones judiciales, de identificar a los cuerpos descubiertos en el Cementerio General. En un Sitio de Memoria José Domingo Cañas, investigaremos el establecimiento de un museo (desfinanciado) para aplacar la significativa crítica de izquierda. Veremos cómo el Estado pagó por la construcción de un «Muro de los Nombres» en el más conocido de esos centros, Villa Grimaldi, y como comisionó a un equipo de arquitectos y urbanistas para crear un Sitio de Memoria en el Estadio Nacional. Todos los gobiernos han tolerado las denuncias de perpetradores identificados por parte de la comunidad, realizadas a través de la manifestación que se conoce como «funa»; seguiremos un ejemplo particularmente espectacular de funa, en el que

6 Para mayores detalles, ver Peter Read, *The truth that will set us all free: An uncertain history of memorials to Indigenous Australians*, en Louise Purbrick, Jim Aulick y Graham Dawson, eds, *Contested Spaces: Sites, Representations and Histories of Conflict*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2007, pp. 150–52.

se denunció al «Príncipe», el oficial de ejército más estrechamente ligado al asesinato del músico chileno Víctor Jara. Someteremos a prueba la afirmación de Aylwin de que no fueron solo los conservadores a quienes enajenó Allende, siguiendo el choque de dos ideologías obreras sobre si acaso y dónde emplazar un Sitio de Memoria de las guerrillas urbanas. En el Sitio de Memoria, relativamente mejor conocido, de Londres 38, notaremos la reticencia de los organismos oficiales de permitir que un edificio de propiedad del Estado sirva de plataforma al MIR, partido que, en opinión de Piñera, en su momento describió a la democracia como una simple herramienta de la burguesía. Es posible que cada una de estas medidas, promovidas por uno u otro de entre los gobiernos post-Pinochet, sean la expresión más clara de la «vía chilena» contemporánea y del deseo percibido de «volver a empezar».

Lo mismo se podría decir acerca del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, puesto en marcha e inaugurado por Michelle Bachelet en 2010, en los últimos meses de su primer mandato. El nombre en sí ya sugería las tensiones existentes entre los miembros de su comité de planificación. Memoria no es lo mismo que recuerdos y ambos, como veremos, no son necesariamente equivalentes a Derechos Humanos. Esas mismas tensiones son evidentes en cada piso de la exhibición. La canción de Víctor Jara – la que escribió como detenido en los últimos días de su vida y que se expone en forma conmovedora a lo largo de 10 metros del pasillo de entrada – ha sido ubicada un poco torpemente al lado de un catálogo bastante menos prominente de atrocidades cometidas en Ruanda, Tailandia y una docena de otros países. Claramente, este museo no tendrá su foco en la memoria y los Derechos Humanos a nivel internacional, sino que en Chile. En el segundo piso, ruidosos escolares, dándose empujones y mirando imágenes de archivo de tropas corriendo, pueden verse al lado de una mujer que se agita de dolor mientras escucha una grabación de audio.

¿Los Derechos Humanos de quién? La exposición comienza el 11 de septiembre de 1973, sin que se informe acerca de los posibles desencadenantes del Golpe. Muchos de los comentarios en línea de la exposición critican el énfasis dado a las violaciones de los Derechos Humanos, en lugar de explicar las causas de la intervención militar. Las mismas preocupaciones se manifiestan en numerosas conferencias académicas. En 2013, el historiador Andrés Estefane concluía una discusión acerca de las consecuencias de las exposiciones con la observación mordaz:

El dolor, el sufrimiento, la desorientación, la mutilación, la soledad, el desaparecimiento, la tortura, el asesinato, la oscuridad, todos estos tropos se presentan aquí como el resultado de la coincidencia «antinatural» de la violencia y la política. Por tanto, no se hace una reflexión acerca de la función política de la violencia. Hay violencia pura representada de una manera que directamente invoca la fragilidad del cuerpo. Más aún, al subrayar las atrocidades perpetradas por un Estado que mágicamente no se asemeja ni tiene relación con el Estado actual, al promover una distancia ideológica y práctica entre el beneficio material y simbólico de hoy y la brutalidad y precariedad de un pasado oscuro, al sugerir que fuera del Estado liberal el ciudadano individual se hace vulnerable, los gobiernos latinoamericanos están ahora reciclando y subvirtiendo una máxima socialista clásica: el precepto de estos tiempos parece ser *democracia liberal o barbarie*.⁷

Los orígenes de la falta de análisis histórico en el caso del museo pueden quizás hallarse en el discurso pronunciado por Michelle Bachelet durante su inauguración en marzo de 2006 – que las violaciones de los Derechos Humanos pueden tener muchas explicaciones, pero absolutamente ninguna justificación.⁸ Aquí, seguramente, estamos frente a la versión izquierdista de lo dicho por Aylwin, en el sentido de que si bien Allende no tenía la mayoría política necesaria para convertir a Chile en un país socialista, la intervención de Pinochet había agudizado la confrontación en el país. La «vía chilena», al igual que el propio museo, sugiere que toda exposición histórica patrocinada por el Estado debería cuidarse de no revivir antagonismos que puedan ser un obstáculo para que la nación «siga adelante».

En cada uno de los estudios, la narrativa se ejerce por una sola persona estrechamente conectada al caso, como detenido, cuidador, curador o testigo. Comienza el primer día del Golpe en la Universidad Técnica del Estado (UTE), donde Víctor Jara, junto a cientos de estudiantes y miembros del personal se encontraban atrapados. Desde la UTE, los detenidos fueron conducidos al Estadio Chile, conocido actualmente

7 Andrés Estefane, *Materiality and politics in Chile's Museum of Memory and Human Rights*, Thresholds 41, primavera de 2013, p. 169.

8 Citado en Peter Kornbluh y Katherine Hite, *Chile's turning point*, The Nation, 17 de febrero de 2010.

como Estadio Víctor Jara, para unirse a otros miles y ser interrogados, torturados o asesinados. Seguimos la vida de Jara y su muerte tal como se recuerda – o no – en la universidad y en el Estadio que hoy lleva su nombre. Los letreros confusos que en la actualidad se encuentran en la universidad son indicativos del terror paralizante y la inseguridad en los primeros días del Golpe. En el Estadio, sucesivos ministros del deporte, denegando el financiamiento y desalentando el interés, han obstruido activamente cualquier tipo de memoria.

Nena González encabeza el tercer capítulo, en el que seguimos los cuerpos de los asesinados en el Estadio Chile y en otros lugares hasta un abandonado espacio del Cementerio General de Santiago, el Patio 29, donde los servicios de seguridad comenzaron a sepultar a sus víctimas, en secreto y sin ceremonias, poco después del Golpe. En 1991, se realizan las primeras exhumaciones para identificar a los cuerpos allí enterrados. Esto se hizo, a pesar de la desidia y poco apoyo del gobierno de Patricio Aylwin; desgraciadamente se utilizaron métodos ya obsoletos y poco fiables, lo que provocó la identificación errónea de la mayoría de los restos humanos allí exhumados. Inmediatamente después del Golpe y desde el rincón discreto donde trabajaba, Nena, quien vio los camiones con cientos de cuerpos desnudos que eran lanzados a hoyos y, nueve años más tarde, las apuradas exhumaciones ordenadas por Pinochet para ocultar los entierros improvisados y luego habló con oficiales que la despreciaban y con una fila interminable de familiares que le preguntaban por lo que sabía, soporta ese trauma hasta el día de hoy.

Los que sobrevivieron a los primeros días de ejecuciones en lugares como el Estadio Chile fueron llevados, días después, en camiones a otro recinto de detención mucho más grande, al Estadio Nacional. Nuestro foco se centra en una víctima accidental: don Roberto Sánchez. Primero fue trabajador del Estadio, luego fue arrestado, detenido, torturado, puesto en libertad y hoy día es nuevamente uno de los trabajadores del lugar. Seguimos las dolorosas tensiones entre el Estado y los activistas del establecimiento de Sitios de Memoria, los profesionales diseñadores del patrimonio, así como los que experimentaron el terror, y los propios sobrevivientes en relación a la forma que debían adoptar los monumentos.

El cuarto capítulo sigue la trayectoria de al menos 42 detenidos sacados del Estadio Nacional y llevados a la casa de tortura ubicada en la calle José Domingo Cañas 1367. Aquí nos enfrentamos a una personalidad formidable, Laura Moya Díaz, la que casi sin ayuda creó la exposición.

Su muerte en 2013 significó que se le diera una nueva orientación al Sitio de Memoria y al museo que ella había creado y dominado por tanto tiempo.

De José Domingo Cañas, a ciertos detenidos se los transportaba a un centro de tortura más grande y más especializado, ubicado en medio del centro, en calle Londres 38. En 2008, indeciso en cuanto al futuro del edificio, el Estado en primera instancia permitió una variedad de interpretaciones izquierdistas del pasado reciente. Ya en 2010, había comenzado a captar el potencial del sitio para la presentación de su propia interpretación menos confrontacional de la era de Pinochet en el mismo centro de la ciudad y se instaló a sí mismo como portavoz principal de la conmemoración en el edificio. La multiplicidad de opiniones en pugna es tal que ninguna personalidad individual puede llevar la narrativa, pero seguimos en particular a Roberto D'Orival Briceño, hermano de un detenido desaparecido, cuyo colectivo presionó al gobierno para instalar a los miristas como responsables del sitio.

Un sitio asociado con el terror, ¿debería evocar sentimientos de horror o de serenidad? En el más conocido de entre todos los Sitios de Memoria chilenos, el Parque por la Paz Villa Grimaldi (conocido por su nombre original Villa Grimaldi), un prolongado debate produjo un parque de paz, en el que los horrores de la tortura y la desaparición se presentaron mucho menos gráficamente de lo que algunos miembros de su corporación exigían. Michèle Drouilly, hermana de Jacqueline, Detenida Desaparecida, nos guía a través de los intensos debates sobre las prioridades entre familiares de Detenidos Desaparecidos y sobrevivientes.

Finalmente examinamos un sitio que pasó a estar en el centro de la atención durante los últimos años de la Dictadura. Aquí, en 2009 se dio a conocer una lápida o monumento de piedra dedicado principalmente a cuatro guerrilleros urbanos de la organización armada revolucionaria conocida como «El Frente». Josefina Rodríguez, cofundadora de una organización local dedicada a la construcción de viviendas para los necesitados de Chile, se opuso desde un principio a la creación de un Sitio de Memoria. Hoy día, esa lápida ya no se ve.

Haifa Zangana estuvo presa y fue torturada en las infames prisiones de Qasr al-Nihaya y Abu Ghraib, cercanas a Bagdad, en 1971. Ella pregunta:

¿Qué hacer con ese tipo de sitios de tortura? ¿Qué debería suceder con un edificio donde miles de civiles, incluso mujeres y adolescentes, muchos de ellos arrestados por militares en barridas al azar y en controles de carretera, han experimentado o presenciado tratos degradantes y deshumanizantes? ¿Un lugar donde, en algunos casos, la tortura produjo muertes? Donde fotografías y videos, conservados como cosas memorables, muestran cómo se quebraban luminarias químicas y se vertía el fluido fosfórico sobre los detenidos; como se arrojaba agua helada sobre detenidos desnudos, se les golpeaba con una palo de escoba y una silla; se amenazaba a los detenidos varones con violación ... se sodomizaba a un detenido con una luminaria química y quizás con un palo de escoba ...⁹

El Presidente George W. Bush, tras las revelaciones de las atrocidades estadounidenses ejercidas en contra de prisioneros en 2003, quería que se demoliera Abu Ghraib. Sin embargo, la mayor parte de los prisioneros, artistas y abogados de Derechos Humanos, Zangana incluida, querían que se salvara, se conservara, y que un sector se apartara como museo como un recordatorio de la «herida que profunda atraviesa nuestra memoria colectiva ... Sin gritos de las víctimas de abusos, sin el aullido de los torturados, sin el susurro de las mujeres rogando clemencia. El silencio será el lenguaje que gritará en condena de las atrocidades, la violencia, la humillación y degradación y en protesta por nuestro dolor».¹⁰ Un Sitio de Memoria de este tipo puede parecer incuestionable, pero veremos cómo la creación de un silencio desolado en lo que fue un lugar de agonía puede ser una anatema para otros sobrevivientes con experiencias idénticas. Los grupos representantes de las víctimas de la República Democrática Alemana rechazaron los primeros diseños para un Sitio de Memoria del Muro de Berlín, porque les parecía que empuñecía la real dimensión del horror.¹¹

Este libro no trata de partidos ni de ideologías, sino de historia pública. Se centra en siete Sitios de Memoria y en aquellos que los promueven, involucrándose en los debates internacionales sobre la cuestión de por qué

9 Haifa Zangana, *Foreword: Abu Ghraib: Prison as a Collective Memory*, en Purbrick, Aulick y Dawson, *Contested Spaces*, p. xiv.

10 *Ibid.*, pp. xiv–xv.

11 Gerd Knischewski y Ulla Spittler, *Competing pasts: A comparison of National Socialist and German Democratic Remembrance in two Berlin memorial sites*, en Purbrick, Aulick y Dawson, *Contested Spaces*, p. 175.

y cómo deberían recordarse los actos de violencia del Estado en contra de sus propios ciudadanos, y por quiénes. Las visitas a este tipo de sitios de violencia han producido cientos de reflexiones en revistas y periódicos académicos. Muchas de ellas son superficiales y ¿cómo podrían no serlo después de solo una visita por parte del autor? Nuestro libro traza una historia de largo plazo en lo referente a la creación de Sitios de Memoria, desde las proposiciones de diseño, las comisiones, su construcción e inauguración. ¿En nombre de quiénes fueron creados? ¿Quiénes quedaron decepcionados? ¿Quién escribió los letreros y a quién se le excluyeron sus palabras? ¿Cómo los grupos rivales fueron cambiando sus posiciones a lo largo de una década o más? ¿Qué posiciones morales, poéticas, históricas, políticas o ideológicas se exhiben en los Sitios de Memoria?

En Santiago existen unos 250 Sitios de Memoria dedicados a las víctimas de la represión del régimen de Pinochet, en su mayor parte solo placas. Muchos de ellos pueden considerarse como actos paralelos o hasta sustitutivos del enjuiciamiento y castigo de los autores de delitos de detención, tortura, ejecución y desaparición, así como también de exilio forzoso.¹² Los sitios pueden hablar, a través de la memoria, de víctimas, heroísmo y martirio. Pueden exigir reconocimiento, reparación, reconciliación o justicia. Los Sitios de Memoria son una manera – y la menos probable de ser condenada por los apologistas de la violencia – en la que un Estado puede aparecer responsabilizándose por su pasado. Pero los Sitios de Memoria de la violencia estatal son también, en palabras de la estudiosa de las políticas en materia de memoria, Katherine Hite, «un campo de batalla, en el que artistas, diseñadores, estados y sociedades negocian el cómo comunicar, o evocar, o incluso conmover a los que por ahí pasen a una contemplación y una reacción».¹³ Hite distingue la conmemoración de los «Derechos Humanos», promovida por los sobrevivientes y sus abogados, de la conmemoración «política», encabezada por los Estados, muchas veces en un intento de soldar las fracturas sociales.¹⁴ Típicamente, los Sitios de Memoria con motivaciones de Derechos Humanos enumeran a las víctimas por sus nombres. La decisión de erigir un Sitio de Memoria, de determinar su forma y contenido, conseguir financiamiento y gestionar una localización particular, casi siempre será un proceso largo y divisivo.

12 *Exiles File Civil Suits*, Memoria y Justicia – Human Rights Today – Exiles.

13 Katherine Hite, *Chile's National Stadium: As monument, as memorial*, ReVista, primavera de 2004, p. 61.

14 Katherine Hite y Cath Collins, *Memorial fragments, monumental silences and reawakenings in 21st century Chile*, Millenium 38(2), 2009, p. 380.

Los diversos protagonistas – sobrevivientes, familiares de desaparecidos y Ejecutados Políticos, y activistas de Derechos Humanos –no compartirán siempre las mismas preferencias o intenciones. Es posible que el Sitio de Memoria registre emociones de pérdida y dolor, pero también de ira u horror, o serenidad y paz. Puede haber artefactos recolectados y expuestos. El Sitio de Memoria estará al cuidado de funcionarios dedicados *ad honorem* y a medida de que envejezcan o disminuyan los fondos, es posible que el sitio muestre signos de descuido o hasta de vandalismo.

Por el contrario, en los Sitios de Memoria promovidos por el Estado es menos probable que se mencione a las víctimas; a menudo serán grandes, impersonales, tal vez majestuosos. El debate sobre la forma definitiva del Sitio de Memoria permanecerá como un asunto interno. Muy rara vez se le reconocerá al público el derecho a ser consultado. Ninguna de las características de diseño o la letra, tan importantes para los activistas de Derechos Humanos, estará abierta al debate, puesto que el Estado seguirá sus propias prioridades. Habrá solo una «memoria», una inscripción, y esa será la del Estado. Al menos una característica, sin embargo, será compartida por el Sitio de Memoria estatal y el no estatal: no se enumerarán los nombres de los perpetradores.¹⁵

Las luchas de los activistas chilenos de la memoria tienen muchos paralelos internacionales. La estrategia del gobierno de «olvido por hostilidad pasiva» en relación al Estadio Víctor Jara es una versión atenuada de la suerte que corrió el «Museo Gulag», Perm-36, en Rusia, cuyos patrocinadores privados lo crearon en 1995 en su euforia por el colapso soviético. Más los gobiernos regionales mostraron primero poco interés y después franca hostilidad hacia su desarrollo. La resistencia pasiva burocrática redujo y luego cortó el financiamiento del museo y en 2014 se produjo su cierre.¹⁶ Tampoco la identificación catastróficamente errónea de los cuerpos del Patio 29, realizada por profesionales, no necesariamente forenses, fue algo que no se hubiera visto en otros lugares. En 2014, el gobierno surcoreano, en su apresuramiento por satisfacer las demandas de los familiares angustiados, también identificó erróneamente a muchos de los cuerpos

15 La tendencia a la evitación fue establecida en el «Informe Rettig» y en el «Informe Valech», las dos más importantes investigaciones del régimen de Pinochet promovidas por el Estado. En ambos se mencionó a las víctimas, pero ninguno de ellos identificó a los perpetradores (el *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, de 1991, y el *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*, de 2004).

16 Perm-36, Wikipedia; *Russian activists rally round embattled museum of Soviet repression*, Radio Free Europe, 2 de octubre de 2014.

recuperados de un transbordador hundido y los devolvió a las familias equivocadas.¹⁷ En el caso del monumento a los veteranos de Vietnam en Washington DC, tal como en el del Estadio Nacional chileno, existieron fuertes discrepancias, no solo entre el equipo de profesionales del diseño y los veteranos en cuanto a la forma del Monumento de Washington, sino que también entre los propios veteranos.¹⁸ Los peligros derivados de que el líder de un proyecto no logre persuadir a la comunidad de interesados a que le sigan, que es el caso que veremos en José Domingo Cañas, tuvo un equivalente más extremo aún en el Museo Smithsonian de Washington DC. Este se desarrolló a partir de una decisión de Martin Harwitt, director del Museo Nacional del Aire y el Espacio Smithsonian, de exhibir el «Enola Gay», el avión desde el que se lanzó la bomba atómica, sin una suficiente explicación del contexto. A Harwitt se le obligó a renunciar.¹⁹ Muchos gobiernos hacen uso de sitios históricos para sus propios fines interpretativos, como en el caso de Londres 38. En interés del fomento de la unidad nacional, el gobierno de Singapur vio ventajas en la opción de subrayar el rol de los soldados malayos de Singapur en el museo del campo de prisioneros Changi de la Segunda Guerra Mundial, y en los años 1990 rehizo los letreros y textos para apoyar este propósito más amplio.²⁰ La dicotomía del horror y de la serenidad de la contemplación que pueden ser invocadas en un sitio histórico se da en Auschwitz-Birkenau, donde se exhiben los crematorios, las pilas de ropa, zapatos y pelo humano y en el Parque de la Paz en Hiroshima, destinado «no solo a recordar a las víctimas, sino también a establecer la memoria de los horrores nucleares [al preservar el Domo Genbaku] e interceder por la paz mundial».²¹

Los Sitios de Memoria son capaces de provocar las emociones más fuertes. La destrucción de uno que conoceremos en Quinta Normal, comuna de Santiago, tiene su equivalente en Alemania, donde universalmente se considera demasiado peligroso nombrar a los perpetradores en los Sitios de Memoria de la Segunda Guerra Mundial por temor a represalias, ya sea contra el sitio o ¡contra sus diseñadores!²² En Queensland central,

17 *South Korea admits ferry disaster dead bodies given to wrong families*, The Guardian, 25 de abril de 2014.

18 Denise Kirsten Wills, *The Vietnam Memorial's history*, Washingtonian, 1° de noviembre de 2007.

19 Debbie Ann Doyle, *Historians protest the new Enola Gay exhibit*, Perspectives of History, diciembre de 2003.

20 Peter Read, *Where are you Uncle John?*, Australian Cultural History 27(9), 2009, pp. 13–24.

21 Hiroshima Peace Memorial Museum website; *Hiroshima Peace Memorial Park*, Wikipedia.

22 Klaus Neumann, *Shifting Memories: The Nazi Past in the New Germany*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2000.

Australia, un sitio de conmemoración de las cualidades de los guerreros aborígenes Kalkadoon en la lucha contra los invasores blancos ha sido desfigurado y dinamitado reiteradas veces.²³ En el castillo de Knin, cerca de Split, Croacia, de la placa conmemorativa dedicada a un patriota croata muerto por soldados italianos en la Segunda Guerra Mundial, solo se conserva la mitad superior después de la guerra civil (1991–1995), mientras que la mitad inferior – donde se registraba la instalación de la placa por serbocroatas – fue destruida. En Varsovia, los patriotas eligieron un sector cualquiera, neutral, de un cementerio para el duelo por la muerte de sus compatriotas asesinados en el Bosque de Katyn, por temor a que cualquier otra cosa más tangible fuese destruida y los cercanos a las víctimas castigados.²⁴ Los que viven en tiempos de violencia ejercida por el Estado, e incluso los que hayan participado en ella, es probable que se presenten como víctimas y no como victimarios. Los descendientes de los perpetradores posiblemente rechacen hacerse responsables por los actos de sus antepasados. Por tanto, los Sitios de Memoria que expresen una protesta en contra de la violencia estatal estarán siempre en peligro de sufrir desfiguraciones.

Los sitios que investigaremos se cuentan entre los más icónicos de un total de más de 1000 sitios de tortura y exterminio a lo largo del país. Sus múltiples interpretaciones van desde el olvido y la falta de interés hasta exposiciones detalladas y apasionadas. El «Cuartel Simón Bolívar», un sitio que fue elegido para interrogar y ejecutar a dirigentes del Partido Comunista, era un recinto completamente desconocido para los investigadores, hasta que un ex-guardia confesó en 2007 haber trabajado allí.²⁵ Salieron a la luz detalles terribles de huellas dactilares borradas con soplete para evitar la identificación, asesinatos con gas sarin o por asfixia con bolsas plásticas. No quedan sobrevivientes entre los detenidos que pasaron por allí. Sin embargo, hoy el sitio es de nuevo un condominio privado que no ofrece reconocimiento alguno a los visitantes, mientras la numeración en la calle ha sido alterada para confundir a los ignorantes. Solo una cruda inscripción recientemente pintada en la valla señala la

23 Lisanne Gibson and Joanna Besley, *Monumental Queensland: Signposts on a Cultural Landscape*, University of Queensland Press, St Lucia, 2005, pp. 51–54.

24 Lynn Olson y Stanley Cloud, *A Question of Honor: The Kościuszko Squadron: Forgotten Heroes of World War II*, Vintage Books, New York, 2007, p. 412.

25 Jorge Escalante y Javier Rebolledo, *Los «delfines» que exterminaron al PC*, La Nación, 1° de abril de 2007.

verdadera ubicación de «Simón Bolívar». En 2013 se colocó una placa para marcar el sitio. Al día siguiente, esta había desaparecido y no ha sido reemplazada. Olvido.

Un prototipo de Sitio de Memoria con características de ideología apasionada es la «Casa Museo de los Derechos Humanos Alberto Bachelet Martínez», conocida en las fuerzas de seguridad como «Nido 20», en el barrio santiaguino de clase trabajadora, La Cisterna. Aquí sólo una persona, Juan Espina Espina, ex-militante y víctima de torturas, mantiene la pequeña casa particular como museo. Probablemente la vivienda no haya sido nunca mucho más que un centro de detención, pero se sabe de cuatro personas que fueron torturadas hasta la muerte entre sus muros. De propiedad del Estado desde 2006, la casa se ubica cerca del hogar donde creció Michelle Bachelet, la actual presidenta de Chile. Su padre, el general Alberto Bachelet, murió después de haber sido detenido y torturado en la Academia de Guerra Aérea.²⁶ No abunda la información precisa acerca de Nido 20, tal como en el caso de casi todos los centros chilenos de este tipo. En la reconstrucción de su historia, poca información pudo obtenerse de los vecinos, ya que los guardias, a la llegada de cada prisionero, disparaban sus armas al aire para amedrentar a todos en la cercanía. En la sala de baño se exhibe una imitación de parrilla, en la que los detenidos eran torturados con electricidad; en un dormitorio, un pequeño aparador que contiene un detenido atado y amordazado, casi doblado en dos, de dimensiones reales pero en dos dimensiones, se halla embutido en ese pequeño espacio. Sin embargo, ninguno de los que se sabe que murieron aquí se nombra. Por el contrario, el mensaje general del museo es menos personal que desvergonzadamente político. Un letrero en el recibidor reza:

La oposición a la Unidad Popular y al movimiento dio inicio a la lucha política que buscaba declarar inconstitucionales las medidas del gobierno, saturando los medios con informaciones alarmantes. También, la desestabilización social y económica creando desabastecimiento, las huelgas de empleados y colegios profesionales, los paros del comercio y del transporte, contribuyeron a crear un clima de conmoción.

Finalmente, el empleo de la violencia, el asesinato y el sabotaje, para promover el Golpe en contra del Estado:

El gobierno de Estados Unidos se oponía a Salvador Allende y promovió la desestabilización, la violencia y el levantamiento militar.

26 *Alberto Bachelet*, Wikipedia.

El hecho de subrayar el rol de los Estados Unidos, la pérdida indebida de un gobierno legítimo y el asesinato de sus propios ciudadanos cometido por el Estado, contrasta con las presentaciones públicas en los centros mayores y resulta indicativo de aquella fractura señalada por Hite. En los sitios más notorios, veremos que la interpretación dominante será la violación de los Derechos Humanos universales, en lugar de evocar simpatías a favor de la izquierda política chilena: las polaridades de la Guerra Fría están menos de moda hoy día y atraen menos visitantes. El propio Juan Espina Espina reconoce que la inmensa mayoría de los visitantes de su museo en 2013 no fueron por el aniversario del Golpe el 11 de septiembre, sino que a ver una exposición sobre Ana Frank.²⁷

Sin embargo, incluso en estos centros más pequeños, las tensiones que encontraremos a lo largo de este estudio nunca están ausentes: entre lo universal y lo particular, entre el sobreviviente y el detenido desaparecido, entre el Estado y los familiares de las víctimas y, no en último término, el abismo existente entre el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, el MIR, los partidos Socialista, MAPU, Comunista y Demócrata Cristiano. Cada uno de ellos sufrió bajo la Dictadura y sin embargo cada uno busca un reconocimiento particular de su sacrificio. Es entremedio y dentro de esta diversidad combativa que el profesional del patrimonio debe negociar un camino.

Existe una abundancia sorprendente de fuentes sobre la Dictadura y sus secuelas. Bases fundamentales de información son los dos informes gubernamentales, el denominado «Informe Rettig» sobre Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos, y el «Informe Valech» sobre las víctimas de torturas.²⁸ Numerosas autobiografías sobre experiencias bajo la Dictadura, así como análisis publicados por LOM Ediciones/Colección Septiembre, complementan la discusión académica substancial, abarcando también los principales sitios en que ocurrieron a las experiencias traumáticas. Resulta difícil mantenerse al día en relación a las constantes publicaciones en la web por parte de adherentes a los partidos políticos

27 Juan Espina Espina, *tour* guiado y entrevista, 9 de noviembre de 2013.

28 Memoria Viva es el «Archivo digital de las Violaciones a los Derechos Humanos por la Dictadura Militar en Chile (1973–1990)» que contiene secciones separadas sobre criminales, desaparecidos, ejecutados y torturados (www.memoriaviva.com/); Archivo Chile (www.archivochile.com/) afirma ser la «Documentación de Historia Político Social y Movimiento Popular contemporáneo de Chile y América Latina». Aunque es recomendable hacer un uso cauteloso de ambas fuentes, su información en gran parte proviene de ambos grandes informes gubernamentales sobre la Dictadura de Pinochet, véase nota 15 en este capítulo.

de izquierda o de los grupos de interés asociados a cada uno de los sitios que aquí se discuten. ¿Cómo, entonces, en un país saturado de memoria, historiadores no chilenos podrían aportar algo diferente?

En 2008 publicamos el artículo «Devolver «el sitio» a los estudios del trauma: Un estudio de cinco centros de detención y tortura en Santiago de Chile».²⁹ En él sostuvimos que en muchos de los estudios académicos recientes se ha perdido de vista la conexión estrecha entre un trauma social generalizado y los sitios reales donde ese trauma fue infligido. En el terreno de la historia pública, los estudiosos del terrorismo de estado y las propias víctimas de Pinochet insisten en que la pérdida de un sitio implica la pérdida de una memoria precisa, que muy a menudo beneficia al Estado que ha cometido actos de terrorismo. Hernán Valdéz escribió:

Si nosotros, conscientes del terror que ha sido instaurado en el país, pasamos por aquí sin sospechar la existencia de este lugar, ¿qué queda para quienes quieren ignorar el terror sobre los otros, deliberadamente?³⁰

Creemos que el estatus de historiadores extranjeros, es decir, no asociados con algún grupo de interés en particular, al que probablemente cualquier chileno esté, nos ha dado un grado considerable de libertad. A veces los extranjeros pueden moverse con mayor facilidad en distintos círculos de clase y de partidos en competencia, lograr algún grado de confianza y, en parte, mirar a través del tejido del secreto y desconfianza que sigue existiendo marcadamente en la sociedad chilena. A los partidarios de uno u otro partido político, que ya hace tiempo han agotado sus audiencias locales, se les presentan oportunidades frescas de expresar sus pasiones más fuertes frente a académicos extranjeros, menos prejuiciados en una u otra dirección. Es posible, sin embargo, que nuestra mayor contribución sea la perdurabilidad. Nuestras investigaciones se basan en un examen minucioso a través de la observación de sitios específicos, en un registro fotográfico continuo, en la historia oral, discusiones sobre la cura museística y visitas a los sitios durante más de una década y otras actividades para dar seguimiento a la ascendencia de grupos e individuos, a los cambios en los letreros, las nuevas construcciones de Sitios de Memoria o la remoción de lo que antes se había expuesto. Más en general, podemos trazar el incipiente involucramiento del Estado en el proceso de preservar la memoria, el que inevitablemente pasará desapercibido para el visitante casual.

29 Peter Read y Marivic Wyndham, *Putting Site Back into Trauma Studies: A Study of Five Detention and Torture Centres in Santiago, Chile*, *Life Writing* 5(1), 2008, pp. 79–96.

30 Hernán Valdéz, *Tejas Verdes*, LOM Ediciones, Santiago, 1996, p. 56.

Se puede preguntar también: ¿por qué, a estas alturas, escribir un largo estudio sobre la preservación de la memoria? Nuestra respuesta es que, mientras la indignación moral y las manifestaciones callejeras seguirán por muchos años, el viaje hacia la creación de sitios físicos de memoria casi toca a su fin. La gente entiende que el impulso de construir nuevos Sitios de Memoria para las víctimas de la Dictadura ya no tiene la fuerza que antaño tuvo. Los activistas más jóvenes recuerdan más sus propios años de lucha por el retorno de la democracia en los 1980 que los primeros años sangrientos del Golpe. Lo que los sobrevivientes de los primeros años de la Dictadura inscriben en sus propios Sitios de Memoria, bien puede ser su última oportunidad de escribir su propia historia. Sus demandas de justicia y de información, aquella que sigue estando controlada por el Estado, continuarán, pero es improbable que las generaciones venideras se enfrenten a la era de Pinochet con exactamente la misma intensidad apasionada de los que experimentaron el sufrimiento. Ellos nunca podrán decir «yo estuve aquí».

Nuestra intención en este libro no es detenernos en los aspectos políticos del Golpe como tal: es igualmente legítimo celebrar el heroísmo de la última alocución radial de Allende desde su oficina sitiada del palacio presidencial, La Moneda, como lo es citar cifras referentes a la economía en picada y al caos marcado por las huelgas durante su régimen. Pero para contextualizar por qué las pasiones del comienzo de los 1970 siguen rondando a la creación de Sitios de Memoria en los lugares de la violencia estatal, esbozamos algunos eventos claves durante el régimen de Allende hasta septiembre de 1973. Ellos permiten un vistazo de lo profundo de los sentimientos al inicio de los 1970, su idealismo y su esperanza, su coraje y su frustración, su odio, su excitación, resentimiento, tristeza, temor, división y desilusión.

En verdad, los conservadores tenían mucho de resentir y que temer; en verdad la izquierda no podía ni olvidar ni perdonar lo que lo que se descargó sobre ellos a partir del 11 de septiembre de 1973.

En enero de 1972, el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende estaba fracasando. Siendo el primer marxista en llegar a ser presidente de un país latinoamericano a través de elecciones abiertas, la suya era

una coalición precaria de aliados políticos desde la izquierda moderada a la izquierda radicalizada. Pero después de solo un año en el poder, sus divisiones, potencialmente siempre presentes, se estaban profundizando rápidamente. Ya había nacionalizado el cobre y las industrias textiles y expropiado los latifundios más extensos; pero – reacio a que se lo viera dominado por Cuba o bajo el dictado de Estados Unidos – Allende estaba siguiendo un rumbo mucho más errático de lo que hubiera preferido. En enero, uno de sus aliados volátiles e impredecibles, el movimiento político revolucionario armado, MIR, estaba demandando cambios radicales. En febrero, un aliado más cierto, los socialistas, insistía en que gastara menos fuerzas en aplacar al MIR y más en un diálogo con los demócrata cristianos – que no eran, de ninguna manera, miembros de la Unidad Popular. En mayo sus generales le advirtieron que la inflación galopante y la productividad decaída debilitarían a las fuerzas de defensa. En julio, el Congreso nacional, siempre reacio a apoyar a la Unidad Popular, trató de acusar constitucionalmente al ministro del interior por autorizar la importación de armas desde Cuba. En agosto de 1972, la Confederación del Comercio Detallista declaró un paro nacional de advertencia. Allende respondió con la declaración del estado de emergencia. En octubre, los camioneros también se activaron; en un intento de restaurar la calma y de prevenirse en contra de la posibilidad muy discutida de un Golpe militar, el presidente nombró a varios altos oficiales de la defensa nacional como ministros de su gobierno. En noviembre, el ritmo de las expropiaciones de grandes latifundios y empresas en el nombre del pueblo había disminuido, pero se declaró otro estado de emergencia. Enero de 1973 trajo el racionamiento de 30 artículos básicos. En marzo, los militares se retiraron del gobierno. En abril, los Estados Unidos, siguiendo una política de sanciones económicas contra Chile por no haber dado compensaciones por la nacionalización de empresas industriales dominadas por intereses estadounidenses, se retiraron de las negociaciones sobre el refinanciamiento de la deuda externa que crecía rápidamente. En mayo, los trabajadores del cobre, cuya liberación de la explotación foránea había sido uno de los puntos clave de la promesa de Allende, llamaban a otro paro nacional. Junio trajo enfrentamientos callejeros, en los que grupos izquierdistas enfrentaban a la policía y a las bandas de extrema derecha.³¹ Más adelante, en ese mismo mes, fallaba un intento de golpe. Conocido como «El Tanquetazo» porque los militares rebeldes usaban tanques, fue exitosamente aplastado

31 El más significativo de los grupos paramilitares de extrema derecha era «Patria y Libertad», grupo disuelto al día siguiente del Golpe; es.wikipedia.org/wiki/Frente_Nacionalista_Patria_y_Libertad.

por los soldados constitucionalistas leales encabezados por el comandante en jefe del ejército, Carlos Prats. A principios de septiembre, justo antes del Golpe, en medio de mucho descontento y con partes del país en un estado de parálisis económica, Allende devaluó la moneda en un 40 por ciento.³² Una y otra vez, el Premio Nobel de Chile, Pablo Neruda, advertía del peligro de repetir la horrible Guerra Civil Española, de la que él mismo había sido testigo presencial. Pero cuando llegó, la guerra civil de Chile fue mucho más unilateral de lo que cualquiera hubiera imaginado.³³

Tan profunda se había hecho la animosidad – no solo entre el gobierno y sus oponentes, sino también entre el gobierno y muchos de sus supuestos partidarios – que Allende planificó un plebiscito nacional. Esperaba que por medio de una votación popular se pudiera recuperar un apoyo mayoritario para su Unidad Popular. El lugar previsto para anunciar el plebiscito era la más combativa de las universidades santiaguinas, la Universidad Técnica del Estado, UTE, que durante el gobierno de Allende se había convertido en el lugar de estudio y entrenamiento preferido en ingeniería y carreras técnicas para los jóvenes pobres del campo. Para sus amigos, la UTE era el lugar donde se forjaban los nuevos profesionales. En cambio sus enemigos comentaban que era el equivalente chileno de la Sorbona como cuna de la rebeldía.

La fecha prevista para el anuncio del plebiscito por parte de Allende era el 11 de septiembre de 1973.

En ese largo y angosto país, las pasiones de la memoria, la justicia y del castigo llegan a una profundidad sin límite: hasta el fondo de la tierra.

32 Extraído de diversas fuentes, entre las que se cuentan: Hutchison, Elizabeth Quay, Thomas Miller Klubock, Nara B. Milanich y Peter Winn, eds, *The Chile Reader*, Duke, Durham and London, 2014, cap. 4, pp. 343–432; Helen Osieja, *Economic Sanctions as an Instrument of US Foreign Policy: The Case of the US Embargo against Cuba*, Universal Publishers, 2006, pp. 97–100; «Las raíces de desabastecimiento y el «mercado negro»», 7 de febrero de 2002.

33 Por ejemplo, Mario Amorós, *Neruda: El Príncipe de los Poetas*, Ediciones B, Santiago, 2015, p. 496.

Parte I

2

Víctor Jara, la Universidad Técnica del Estado y el Estadio Víctor Jara

El principal artista previsto para el anuncio del plebiscito de Allende en la Universidad Técnica del Estado era Víctor Lidio Jara Martínez, conocido como Víctor Jara, un cantor popular idolatrado y controvertido, héroe de los pobres y de la izquierda, azote de los ricos y los conservadores. Víctor formaba parte de los pobres oprimidos que provenían de la minería del cobre y del campo. Su padre, alcohólico y abusador, abandonó a la familia cuando Víctor aún era niño; la madre recogía hierbas en los cerros, mientras su hijo recogía leña y pasto para los cerdos. En la década de los 50, la familia se mudó a Santiago.¹ Al inicio de los años 1960, visitó la Unión Soviética y Cuba y quedó impresionado por ambos países; al volver, ingresó al Partido Comunista de Chile. Era usual que actuara llevando su poncho de campesino, pero una fotografía en la biografía que Joan Jara escribiera de su esposo, *Un Canto Truncado*, lo muestra igualmente a gusto vestido de traje, en Stratford Upon Avon, Gran Bretaña, paseando tranquilamente con artistas como Dame Margot Fonteyn. Allende lo nombró Embajador Cultural de su gobierno, un rol a través del cual se presentó en la mayoría de los países latinoamericanos entre 1971 y 1973.

Entre los equivalentes contemporáneos más cercanos al artista probablemente se cuenten Bob Dylan, John Lennon o Pete Seeger, pero ninguno de ellos lo es de manera completa. Siendo comunista

¹ *Victor Jara biography*, Encyclopaedia of World Biography; véase también *Víctor Jara*, Biografías y Vidas.

comprometido, era muy talentoso, apasionado, valiente, sarcástico, ácido, adorado u odiado. Quizás no haya nada que ejemplifique mejor la pasión por el cambio social, la profundidad del odio de los conservadores y la manifestación de ese odio, que la vida y la muerte de Víctor Jara.

La clase alta chilena tenía buenos motivos para odiarlo. En 1969, después de la masacre en la que murieron 10 campesinos sin tierra que habían realizado una ocupación de terrenos en la hacienda del terrateniente ausente, escribió la canción «Preguntas por Puerto Montt», en contra de quien la había ordenado,² diciendo que cada uno de los campesinos:

Murió sin saber por qué
le acribillaban el pecho
luchando por el derecho
de un suelo para vivir,
¡Ay! Qué ser más infeliz
el que mandó disparar
sabiendo cómo evitar
una matanza tan vil³

Otra grabación que en nada ayudó a mejorar sus relaciones con los conservadores chilenos fue el relanzamiento, en su primer álbum (1966), de «La beata» que se había enamorado de su confesor. Por medio de diversas referencias no muy sutiles a zapatos, sandalias, sotanas y velas cortas, Jara estaba nuevamente burlándose no solo del *establishment* del país, sino que de cualquier chileno que desconfiara de la dirección de lo que parecía ser, bajo Allende, la marcha aparentemente inevitable de Chile hacia una Dictadura de tipo cubano.

Siguieron cosas peores. En 1971 adaptó el éxito «*Little Boxes*» de la cantante estadounidense Malvina Reynolds, que después popularizara Pete Seeger, creando su propia versión, mucho más mordaz.⁴ No se trataba ya de un *cover*, sino que pasó a ser su propia creación, al cambiar a un ritmo más espinoso, alterar la melodía y agregar notas discordantes. Mientras el «*Little Boxes*» (literalmente: cajitas) de Reynolds trataba de las viviendas baratas de posguerra que cubrían las lomas de Daly City, California, el de

2 «...el que mandó a disparar» es una clara alusión a Edmundo Pérez Zujovic, ministro del interior, en esa época, del gobierno de Eduardo Frei Montalva. Ver *Masacre de Puerto Montt*, Wikipedia; así como *Edmundo Pérez Zujovic*, Wikipedia.

3 Víctor Jara, *Preguntas por Puerto Montt*. www.archivochile.com/Historia_de_Chile/pmونت/HCHpmontt0005.pdf.

4 *Little Boxes*, Wikipedia; *Malvina Reynolds: Song Lyrics and Poems: «Little Boxes»*.

Jara se trataba del «barrio alto», es decir los sectores adinerados ubicados en las afueras y mucho mejor contruidos en los faldeos de la cordillera de Santiago. La primera estrofa de «Las casitas del barrio alto» no se andaba con rodeos:

Las casitas del barrio alto,

Las casitas del barrio alto,
con rejas y antejardín,
una preciosa entrada de auto
esperando un Peugeot.

Por muy ameno que esto haya sido para los que no viven en el «barrio alto», la crítica de Víctor Jara se había tornado aún más aguda. Los «doctores, abogados y ejecutivos de empresa» de Reynolds se transformaban en:

... dentistas, comerciantes,
latifundistas y traficantes,
abogados y rentistas
y todos visten polycron.

Juegan bridge, toman Martini dry
y los niños son rubiecitos,
y con otros rubiecitos
van juntitos al colegio high.

Y el hijito de su papi
luego va a la universidad,
comenzando su problemática
y la intrínquilis social.

Fuma pitillos en Austin mini,
juega con bombas y con política,
asesina a generales
y es un gánster de la sedición.

Un Peugeot, o incluso un televisor, eran símbolos de lujo en el Chile de inicios de los 1970; incluso la profesión de dentista se asociaba con privilegios y poder conservador. Sin embargo es posible que Jara, de paupérrima extracción campesina, y con una ironía que posiblemente se les escapaba incluso a sus críticos, dirigiera su sarcasmo más allá de la extrema derecha y de su educación exclusiva. Es posible que también haya condenado los orígenes, mayoritariamente de capas acomodadas, de la dirigencia del MIR, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, que, con su incesante demanda de revolución armada, estaba creándole

casi tantos problemas a Allende como la derecha. En esta interpretación, los críticos ociosos de la revolución socialista, tanto de izquierda como de derecha, se contentaban con perder el tiempo con explosivos, teorías políticas, conspiraciones y críticas varias, en lugar de comprometerse a prestar una ayuda, sin la cual el experimento estatal por los derechos de los trabajadores no sobreviviría.

El año siguiente trajo otra grabación de Jara, aún más famosa, «Ni chicha ni limoná». Ahora, Jara hacía un llamado, a todos los que todavía no se comprometían con el gobierno, a unirse a la revolución «allí donde las papas queman», es decir, en el punto motriz del cambio social. El título literalmente significa «Ni chicha ni limonada», una expresión chilena difícil de traducir, pero en la que se contrasta la «chicha», una bebida alcohólica hecha en casa, con una limonada del mismo origen; las bebidas simples de la gente común, como expresión que se dirigía a los que no aceptaban ni la una ni la otra, a los no comprometidos, a los indecisos, a los que olfateaban el aire para ver qué traía el futuro antes de decidir unirse a la causa. La esposa de Jara, Joan, cree que Víctor también se refería con su lírica a los demócrata cristianos, que en 1973 seguían indecisos en lo referente a cuánto podían cooperar con el experimento de Allende.⁵ En «Ni chicha ni limoná», el sarcasmo mordaz de «Las casitas del barrio alto» se tornaba más oscuro por una amenaza contenida en la última estrofa, de qué les ocurriría a los que no cooperaban. En una de sus actuaciones, (existente en Youtube), Jara presenta inequívocamente una amenaza de expropiación. Esta canción es, hasta el día de hoy, una *performance* impresionante: pegadiza, sugerente, arrogante, inteligente, divertida, amenazante. Se trata de la voz de los muchos miles que habían puesto tantas esperanzas en su primer gobierno marxista democráticamente elegido, pero que ahora, día a día, podían ver como sus esperanzas y su nación se desintegraban. Jara comienza así:

Arrímese más pa' ca
aquí donde el sol calienta,
si uste' ya está acostumbrado
a andar dando volteretas
y ningún daño le hará
estar donde las papas queman.

5 Joan Jara, *Un Canto Truncado*, Punto de Lectura, Madrid, 1983, p. 267.

Usted no es na'
ni chicha ni limoná
se la pasa manoseando
caramba zamba su dignidad.

La fiesta ya ha comenzao
y la cosa está que arde
uste' que era el más quedao
se quiere adueñar del baile
total a los olfatillos
no hay olor que se les escape.

Si queremos más fiestoca
primero hay que trabajar
y tendremos pa' toítos
abrigo, pan y amistad
y si usted no está de acuerdo
es cuestión de uste' nomás
la cosa va pa' delante
y no piensa recular.

Ya déjese de patillas
venga a remediar su mal
si aquí debajito 'el poncho
no tengo ningún puñal
y si sigue hociconeando
le vamos a expropiar
las pistolas y la lengua
y toíto lo demás.

Después de esta última estrofa, en una actuación televisada, la sonrisa de Víctor se desvanece al volverse hacia la cámara en un *close up* y repetir el estribillo:

Usted no es na'
ni chicha ni limoná
se la pasa manoseando
caramba zamba su dignidad.

Ni las reformas de estilo cubano que intentaba aplicar el Presidente, ni tampoco su sarcasmo mordaz iban a caer en el olvido por parte de sus enemigos en el marco de los sucesos que estaban a punto de desencadenarse.

11 de septiembre de 1973, 5:30 am

Hoy no solo es el día previsto para el anuncio del plebiscito en la Universidad Técnica del Estado, sino que también aquel establecido en secreto como el momento para el Golpe de las fuerzas armadas en contra de Allende. Los camiones que llevarán a los detenidos a los centros de detención, preestablecidos y distribuidos por toda la ciudad, se han desplazados días atrás desde ubicaciones lejanas. Los principales interrogadores que se dirigen a la UTE, encabezados por su comandante, coronel Juan Manuel Guillermo Contreras Sepúlveda, ya han partido desde la Escuela de Ingenieros del Ejército, a dos horas de Santiago. Miles de jóvenes conscriptos están siendo transportados en camiones desde sus bases en el sur de Chile hacia la capital con un propósito que aún se mantiene en secreto. Con las primeras luces del día, los destacamentos comenzarán a detener a cientos de trabajadores proscritos en los puertos industriales y minas del país. Al mediodía, algunos de los dirigentes conocidos ya habrán sido asesinados. La base de ingenieros en la localidad portuaria de Tejas Verdes se transformará por un breve período en el primer cuartel general de un nuevo servicio de seguridad estatal que más tarde será conocido como la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) y comandada por Contreras. Será aquí donde se refinarán los primeros métodos estratégicos de tortura aprendidos en la Escuela de las Américas.⁶ Será aquí donde los agentes de la DINA por primera pondrán en práctica lo aprendido en los centros de entrenamiento en tortura, exterminio y desapariciones.⁷ Al mismo tiempo, los tanques se mueven para ocupar sus posiciones rodeando a la sede de gobierno, el Palacio de La Moneda, en el centro de la ciudad. La planificación parece ser exhaustiva, salvo que los militares no han previsto el problema de cómo deshacerse de los cuerpos sin vida de los muchos cientos de izquierdistas – partidarios de Allende o no – que se han propuesto eliminar ahora. Por supuesto, los planes en relación a un plebiscito se han abandonado cuando Allende, en contra de la recomendación de sus guardias personales, se traslada rápidamente a la Moneda. Aproximadamente al mismo tiempo, un funcionario de la Universidad llama a la casa del rector de la Universidad Técnica del Estado, Enrique Kirberg, para informarle que momentos atrás

6 La Escuela de las Américas (ahora Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación en Seguridad) fue fundada en Panamá en 1946 para impartir «entrenamiento contrainsurgente anticomunista», especialmente en América Latina.

7 Javier Rebolledo, *El Despertar de Los Cuervos*, CEIBA, Santiago, 2013, pp. 1–20.

militares han destruido la emisora radial de la Universidad. Con una larga historia de simpatías y participación con las filas comunistas, Kirberg se traslada raudamente a su propio cuartel general, la rectoría, denominada Casa Central, en el campus principal de la UTE. Desde el piso superior puede ver a los bombarderos circulando sobre la ciudad, amenazando especialmente a La Moneda, la sede central del gobierno, donde Allende en breve pronunciará su último discurso y ejercerá su última resistencia.⁸

En su casa, Víctor Jara, como todos los demás habitantes de Santiago, comprendió perfectamente el significado del vuelo de aviones y del tronar distante de armas pesadas. Siendo un hombre marcado, él sabía que irían a buscarlo. Como profesor y artista permanente de la UTE, su deber era para con la casa de estudios, sus colegas y su amigo, Salvador Allende, el Presidente. Llenó el estanque con el último resto de combustible que guardaba para ese tipo de emergencias. Un vecino, piloto, salió a su balcón a gritarle un insulto. Al subirse al coche, le gritó a Joan: «Volveré en cuanto pueda, mamita ... tú sabes que tengo que ir ... mantén la calma.» «Chao ...» Cuando ella volvió a mirar, Víctor ya no estaba allí.⁹ En el campus se unió a los cientos de estudiantes y funcionarios que seguían llegando para manifestar, no ya su apoyo para el plebiscito, sino en cambio su solidaridad en contra del Golpe, a pesar del peligro evidente que eso significaba para ellos mismos. Pocos tenían idea de lo que los pinochetistas tenían previsto para ellos.

En la rectoría, Kirberg, después de reunir a sus altos cargos, anunció por megáfono que era momento de abandonar el campus. Algunos estudiantes respondieron que tenían órdenes de volver a sus zonas urbanas a combatir y partieron. Algunos de los otros grupos de izquierda se dispersaron hacia sus sedes locales o sus hogares; varios le ofrecieron refugio a Kirberg. A las 9, las tropas habían ingresado al propio campus. Los funcionarios y estudiantes que permanecían en el recinto se reunieron en un nervioso mitín en medio del sonido de ráfagas de ametralladoras en las cercanías.

8 La narración de Kirberg se ha tomado de una entrevista transcrita por Luis Cifuentes S., *Kirberg. Testigo y Actor del Siglo XX*, 2a edición, agosto de 1999, especialmente capítulos 4 y 5.

9 Jara, *Un Canto Truncado*, p. 241.

A mediodía, Víctor lograba llamar a Joan. «¿Cómo estás, mamita? No he podido llamarte antes. Estoy aquí, en la Universidad Técnica. ¿Sabes lo que pasa, verdad?» Joan le contó de los bombarderos en picada, él respondió que todo estaba bien. «¿Cuándo volverás?» «Te llamaré más tarde ... ahora necesitan el teléfono ... chao.» Los vecinos habían salido al patio y hablaban excitados, algunos encaramados en sillas, para ver mejor el ataque a la Moneda... haciendo brindis ... o agitando una bandera.¹⁰ Aproximadamente a las 4:30, volvía a llamar. Según el testimonio de Joan Jara, dijo «Tengo que quedarme aquí ... será difícil que vuelva por el toque de queda. A primera hora de la mañana, en cuanto lo levanten, vuelvo a la casa ... Mamita, te quiero.» «Yo también te quiero ...» – pero me atraganto mientras lo digo, y él ya ha cortado la comunicación».¹¹

Poco antes, un alto oficial de las fuerzas armadas había impuesto el toque de queda en el campus y a continuación hecho un llamado a Kirberg a reunirse con la delegación militar. El rector replicó que no se reuniría con nadie, salvo fuera del campus. Le respondieron que la universidad estaba acordonada, que nadie podía entrar o salir y que al día siguiente llegarían buses para trasladar a todos a sus casas. A media tarde, soldados en camiones del ejército habían rodeado completamente la universidad. A los 800 estudiantes y funcionarios se les ordenó que no intentaran escapar. Se distribuyeron en salas y oficinas buscando abrigo y apoyo mutuo en esa amarga noche de septiembre. Durante toda la noche resonaron disparos alrededor del campus; varias personas murieron. Víctor Jara permaneció con sus amigos. Volvió a llamar a Joan para informarle que no podría volver esa noche. Esa fue la última vez que ella escuchó su voz. Hay sobrevivientes que recuerdan que esa noche él y sus amigos se abrigaron con papeles de diario, aterrados por lo que traería el alba. En la oscuridad, los estudiantes y funcionarios del campus se arrastraron en punta y codo para hacer contacto con sus compañeros y planificar el día siguiente. Otros se arrastraron hacia los talleres metalúrgicos para fabricar cócteles molotov con cualquier material que hubiese por ahí.

A las 7 de la mañana siguiente, después de no haber dormido mucho sentado en un sillón de oficina, a Kirberg lo despertó una tremenda conmoción de artillería. Sonó el teléfono:

10 Ibid., p. 242.

11 Ibid., p. 243.

«Ah, rector. Las cosas cambiaron. Ríndase.»

«Mire, yo le ruego que vea manera de pedirle al comandante, quien quiera que sea, que suspendan el fuego y entonces saldremos todos.»

El oficial respondió: «Veré qué puedo hacer. Las cosas no están tan fáciles.»

Luego un grito desde afuera:

«Salgan con los brazos en alto.»

Un soldado se dirigió a él en lo que en castellano es el uso muy descortés de la segunda persona singular al dirigirse a una autoridad. «Ahora vas a saber lo que es la autonomía universitaria.» Un capitán de ejército se acercó rápidamente y lo enfrentó groseramente. «Así que tú eres el rector, ¿no es cierto? Ahora vas a ver lo que hacemos con gente como tú, huevón culia'o.» Un soldado lo puso contra una pared y le dijo que tenía quince segundos para decirle dónde estaban escondidas las armas. Pero aparte de unas pocas pistolas y lo que fuera que se había manufacturado en el taller metalúrgico en las últimas 12 horas, no había. Y las armas pesadas abrieron fuego contra la rectoría para hacerla pedazos.¹² La mayor parte de los presos de la UTE – puesto que eso eran ahora – pasaron la mañana tirados de bruces y con orden de no moverse.

A media tarde del 12 de septiembre, a Jara lo llevaron en camión o a pie, como a todos los que habían decidido no escapar el día anterior, al Estadio Chile, situado a seis cuadras de distancia. En la mayoría de los relatos, basados en los recuerdos de los testigos presenciales sobrevivientes, pasaron varias horas hasta que Víctor fue reconocido por uno de los militares. «Tú eres ese maldito cantante, ¿no es cierto?» Lo separaron de los demás, se lo llevaron para interrogarlo y golpearlo, primero en una cabina de transmisión. Un guardia particularmente arrogante, alto, rubio, un tipo germánico, conocido como «El Príncipe», hizo el gesto de tocar la guitarra, se pasó los dedos por su cuello insinuando una ejecución. Se supone que dijo: «¿Qué hace este desgraciado aquí? No dejen que se mueva de aquí. Me lo tengo reservado.»¹³

De vuelta en la cancha, golpeado y desesperanzado, a Víctor lo reconfortaron sus amigos. Le lavaron la cara, compartieron con él un pequeño frasco de mermelada y galletas. Pidió un lápiz y un papel y empezó a borrar.

12 Cifuentes, *Kirberg*, pp. 170ff; Carlos Orellana, en Sergio Villegas, ed., *El Estadio*, LOM Colección Septiembre, Santiago, 1974/2013, p. 166. Ver también www.blest.eu/biblio/villegas/.

13 Véase también el recuento de Joan Jara, *Un Canto Truncado*, pp. 410–12.

En esta pequeña parte de la ciudad.
Somos cinco mil.
¿Cuántos somos en total en las ciudades y en todo el país?
...
Seis de los nuestros se perdieron en el espacio de las estrellas.
Uno muerto, un golpeado como jamás creí
se podría golpear a un ser humano.
Los otros cuatro quisieron quitarse todos los temores,
uno saltando al vacío, otro golpeándose la cabeza contra
un muro
¡Qué espanto produce el rostro del fascismo!
Llevan a cabo sus planes con precisión arterial
sin importarles nada.
La sangre para ellos son medallas.
La matanza es un acto de heroísmo.
¿Es este el mundo que creaste, Dios mío?
¿Para esto tus siete días de asombro y de trabajo?¹⁴

El significado de «seis de los nuestros se perdieron en el espacio de las estrellas» surgió en un *tour* por el Estadio Chile en 2014. Lo que ya entonces aparecía en esas palabras era la incompreensión de Víctor Jara de la profundidad del odio violento que los militares estaban ejerciendo sobre los detenidos, y que pronto ejercerían sobre él mismo.

Durante la tarde, mientras los militares seguían separando a los que permanecerían, de los que serían liberados, y los que serían enviados al Estadio Nacional, mucho más espacioso, Jara fue arrastrado a unos camarines de concreto ubicado debajo del corredor de los militares, reservado para «prisioneros importantes o especiales». El relato de un testigo presencial anónimo continuaba:

Llega el jefe del «campo de prisioneros» y propone: «Cortémosle las manos a este chucha de su madre.» Le da de golpes con su garrote. «¡Canta ahora, huevón! Levántate», ordena. Lo colocan inclinado con las manos en un caballete y empiezan a pegarle sobre las manos y las muñecas hasta que estas se transforman en masas sanguinolentas. Todo esto se desarrolla en un pasillo ... Víctor está en el suelo ... lo muestran como un trofeo de guerra. Llegan tres oficiales de la FACH (Fuerza Aérea de Chile). Se instalan frente a él, insultándolo y pateándolo por turno. «¿Querís fumar, huevón?», preguntan con tono burlón. Víctor no responde. Le apagan un cigarrillo encendido en una de las manos.¹⁵

14 Versión abreviada. El texto completo se reproduce en *ibid.*, pp. 415–17.

15 Testimonios de testigos presenciales, en Villegas, *El Estadio*, pp. 101–10.

Al atardecer, es arrastrado de vuelta al estadio principal, sangrando, quebrado, casi sin vida.

Aunque les entregó la letra a sus compañeros, nadie sabe si acaso terminó la canción. Quizás no pudo soportar más. La historia oral relata, aunque ésta pudo haber ido cambiando con el tiempo, que logró mascullar como pudo esas palabras rotas esa noche en la cancha de baloncesto, junto al «Venceremos» que también había estado en su repertorio.¹⁶ Las últimas palabras que dictó, como parte de su última canción, eran un llamado a la Meca de toda la izquierda chilena:

¿Y México, Cuba y el mundo?
¡Qué griten esta ignominia! ...

Y seguía sin comprender una violencia tan imprevista como inimaginable:

Lo que veo nunca vi.
Lo que he sentido y lo que siento
harán brotar el momento ...

Es probable que haya muerto en la madrugada del 16 de septiembre, con su columna vertebral fracturada en diferentes partes. Según un relato, murió por una sola bala en un extenso juego de ruleta rusa que se llevó a cabo en el camarín subterráneo, después de lo cual a sus guardias se les dijo que le metieran tantas balas como quisieran.¹⁷

El *tour*, 2009¹⁸

Tal como lo veremos en casi todos los sitios de tortura y desaparición hasta 2009, no existen visitas guiadas oficiales, ya sea en la Universidad Técnica del Estado o en el Estadio Chile. En la USACH ex UTE, un funcionario se sorprende del interés por explorar los sectores del campus universitario

16 *Venceremos*, canción compuesta por Sergio Ortega para la campaña electoral de Allende en 1970.

17 Corriendo un gran riesgo personal, Joan Jara y varios militantes del Partido Comunista sepultaron a Jara en un nicho vacío del Cementerio General de Santiago. Este se mantiene como un sitio de veneración internacional hasta que se le volvió a sepultar, a costas del Estado, en diciembre de 2009; *Chile reburies coup victim and singer Jara* [Chile vuelve a sepultar al cantante Jara, víctima del Golpe], BBC News, 5 de diciembre de 2009.

18 José Uribe, entrevista y *tour* guiado, diciembre de 2009.

que aún guarden huellas del Golpe. Ubica a otro empleado, Don José Uribe, próximo a jubilarse, el que no solo tiene la información, sino que está ansioso por compartirla.

Comienza con las placas conmemorativas dispersas por todo el campus. Cerca de la entrada principal hay una lista de 18 estudiantes, autoridades y funcionarios, de los que se sabe que fueron ejecutados durante los 17 años de la Dictadura de Pinochet, lo que representa la cifra conocida en 2003 cuando la placa fue instalada por los funcionarios «exonerados políticos»¹⁹ de la universidad en septiembre de ese año. Hay un mural de cuatro metros, erigido en 1991, en el lugar de las manifestaciones estudiantiles del campus principal, el que fue removido en años posteriores, bajo las órdenes de un rector conservador, ahora reinstalado. En su dedicatoria se lee:

Con Víctor con Kirberg la UTE vive.

Cerca del interior hay un monumento conmemorativo, erigido en 2006, dedicado a todos los estudiantes y funcionarios asociados con la universidad y que murieron durante la Dictadura, una escultura tridimensional de tres figuras, de las que al menos una es mujer, que llevan un cuerpo sin vida. Sus cabezas se inclinan por el dolor en lo que parece una alusión directa a la *Piedad* de Miguel Ángel.²⁰

La siguiente parada de Uribe es una placa dedicada a Gregorio Mimica Argote, quien en 1973 fuera presidente de la federación de estudiantes y un conocido militante del Partido Comunista, detenido el 12 de septiembre, pero inadvertidamente puesto en libertad. El día 14, una patrulla de 14 soldados lo volvieron a arrestar «por orden del Ministerio del Interior» en casa de sus padres. Nadie se había dado cuenta de la suerte que había tenido al haber sido dejado en libertad. Esta vez, a los padres se les ordenó que se despidieran de él, porque ya no lo volverían a ver. Y así fue: su hijo sigue siendo uno de los Detenidos Desaparecidos, esto es, uno de los muchos miles cuyas familias se unen al grito de *¿Dónde están?* El 11 de septiembre de 2003, a 30 años de su desaparición, se instaló en un pasillo con salas de clases, una placa dedicada a él como detenido desaparecido. Otra víctima estudiantil, cuya desaparición arrojó

19 Los despedidos por el régimen de Pinochet y posteriormente reivindicados y/o reintegrados por la Universidad Técnica del Estado.

20 Imagen reproducida en Alejandro Hoppe, fotógrafo, *Memoriales de Chile: Homenajes a las Víctimas de Violaciones a Derechos Humanos*, Ocho Libros Editores, Santiago, 2007, p. 62.

a su familia en la confusión y la duda angustiosa, es la de Michelle Peña, a quien se hizo desaparecer con ocho meses de embarazo. El paradero de su bebé, de haber nacido, sigue sin conocerse. La guardería infantil de la universidad lleva su nombre, y cada año la madre de Michelle, por lo que se lee en el sitio web de exalumnos, regresa al campus para recordarla a ella y a otros que desaparecieron. Michelle fue detenida y hecha desaparecer el 20 de junio de 1975, sin embargo la placa en su memoria lleva una dedicatoria en que se conmemoran los «treinta años de su muerte», el 11 de septiembre de 1973.

Hasta la fecha de muerte de Víctor Jara, inscrita en la escultura a su memoria en 1991, es errónea – 14 de septiembre. La placa dice:

Víctor Jara Plaza
Asesinado el 14 de septiembre de 1973
Por el derecho a vivir en paz

La imprecisión y confusión evidentes en este y otros letreros del campus igualmente refleja por cuánto tiempo se mantuvo a los parientes sin saber lo que había sucedido a sus hermanos, padres, parejas o hijos, ignorancia que indicaba ya sea una despreocupación burocrática de parte de las fuerzas de seguridad, o bien su intención de que nadie lo averiguara.

Sin embargo, no hay duda de la emoción del escultor del monumento a Víctor Jara. Sobre la placa, en el margen de una plaza con pasto, se ubica su monumento, de tres metros de altura, una guitarra de bronce sobre un pedestal. Más arriba del cuerpo de la guitarra, su mástil se transforma en un brazo y una mano, los dedos extendidos y ligeramente doblados hacia atrás, enfrentando los horrores que él está presenciando y sufriendo en sus terribles últimos días.

Quizás ansioso de no enfrentarse a sus recuerdos, el guía improvisado se guarda los momentos más difíciles para el final. Es obvio que algunos de los eventos que ocurrieron en el campus el 12 de septiembre son demasiado dolorosos como para señalarlos, o incluso discutirlos. Al ingresar a la cafetería, Uribe señala una pequeña entrada en el muro. Que se comenta en voz baja, dice, que cuando los militares descubrieron que algunos estudiantes se habían arrastrado hacia el interior de este túnel que bajaba desde el subterráneo del café (denunciados, posiblemente, por el agresivo movimiento estudiantil derechista «Patria y Libertad»), procedieron a taparlo con ladrillos. De ser así, sus cuerpos sin vida seguirían emparedados en algún lugar debajo del campus. No hay placa

que marque el sitio. Mientras tanto, en el taller metalúrgico la fabricación de bombas continuaba hasta que soldados, quizás siguiendo una segunda denuncia, irrumpieron a ráfagas de metrallera, violaron a lo menos a una mujer en una mesa del taller y, según se dice, arrojaron al menos uno de los cuerpos al horno del taller. También en este caso, la historia se transmite en susurros y es conocida por muy pocos. En las paredes del taller, algunas de las marcas de bala siguen siendo visibles a simple vista. No hay letreros explicativos.

¿No debería haber alguna suerte de placa o letrero?

Puede ser. Yo nunca antes le había mostrado este lugar a nadie.

¿No hay nadie más que sepa de él?

Sí, puede ser. Pero nunca hablamos de eso.

Hoy día, el Estadio Chile, rebautizado Estadio Víctor Jara, es directamente propiedad del Estado y está bajo el control del Ministerio del Deporte. En 1973 era escenario de reuniones no mucho mayores que un campeonato de tenis de mesa o combates de boxeo, mientras que en la actualidad su uso presenta limitaciones similares. Se trata de una estructura techada, ubicada en un barrio venido a menos de la ciudad de Santiago. Se entra de manera informal por una sucia y descuidada calle lateral. En 2009, un cuidador expresa su placer y su sorpresa por el hecho de que alguien quiera visitar el Estadio en una misión de este tipo, aunque seguramente sean los recuerdos, para unos, o el desinterés para otros, lo que inhibe a los propios chilenos de hacerlo.²¹ De hecho, más aún que en la UTE, la creación de Sitios de Memoria no se encuentra tanto en placas conmemorativas, como en la historia oral transmitida por los trabajadores del Estadio. Una vez, dice el cuidador, se instaló una placa de bronce en el muro de afuera, pero fue destruida por partidarios de Pinochet y no ha sido reemplazada. El que subsiste es un relieve de bronce, allí sobre el *foyer*, la única prueba de los terribles sucesos de septiembre de 1973. Allí está inscrita una parte de la última canción de Víctor. Debajo de la inscripción están las palabras:

En este lugar le quitaron la vida a Víctor Jara, artista popular. En su honor, el 12 de septiembre de 2003, durante el gobierno de Don Ricardo Lagos, este estadio pasó a llamarse Estadio Víctor Jara. En memoria de Víctor y de otros que como él perdieron su vida aquí. Vive en nuestra memoria siempre.

21 Juan Medina, entrevista.

El cuidador sigue adelante. Los detenidos, escoltados desde la UTE, fueron pasados a la fuerza por la entrada principal, por las boleterías, bajando este pasaje a mano derecha hacia la cancha principal. La cancha es sorprendentemente pequeña y no contiene más que un solo campo de juego de baloncesto. Totalmente cerrada y techada, produce un extraño estruendo y eco del tráfico de la calle. Los prisioneros deben haber escuchado nítidamente el sonido de la vida diaria a través de las paredes del Estadio.



Interior del Estadio Víctor Jara. A los estudiantes y funcionarios de la Universidad Técnica del Estado se los obligó a sentarse a la izquierda, a los obreros a la derecha. Varios detenidos, aterrorizados y desesperados, se arrojaron desde los balcones que se aprecian a la derecha de la imagen.

Fuente: Fotografía de Peter Read, editada por Con Boekel.

Bajando las escaleras, hacia un vestuario («camarines»). Este es el recinto al que Jara fue llevado primero, pero que después del 15 de septiembre del 73 se usó como morgue. Su entrada lleva a una caja de escala metálica empinada, donde el golpe de una puerta de acero reverbera por espacio de varios segundos. Muros, cielo, suelo de cemento, 7 metros de largo, 5 de ancho. Los extractores de aire hacen un ruido ensordecedor: quizás es a esto a lo que se refería Jara con «el pulso de las máquinas» en su última canción. Cuando se apagan, el rugido se transforma en el silencio de una

tumba, dado que esta cámara se halla 3 metros bajo el nivel del suelo. El nochera, dice el cuidador, solo recientemente ha dejado de sentir los espíritus de los asesinados, aunque en dos oportunidades se ha realizado una «limpieza espiritual». Es aquí donde mataron a Jara.²²



Asiento pintado de blanco, en la sección de «prisioneros peligrosos», el que se supone que fue ocupado por Jara por algún tiempo después de que se le reconociera.

Fuente: Fotografía de Peter Read, editada por Con Boekel.

22 *Ex soldier confessed to shooting Victor Jara* [Ex soldado confiesa haber muerto de un tiro a Víctor Jara], Freemuse, 8 de junio de 2009.